

Titulo: *Origen de los Indios de México*. Autor(es): Nicolás León

D.R. © 2023. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Sin derivadas 4.0 Internacional, CC BY-NC-ND Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>)



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.

Con la licencia CC BY-NC-ND usted es libre de compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Bajo los siguientes términos:

- Atribución: debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. Sin Derivadas: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.
- Sin Derivadas: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

5/
5.
Origen de los Indios
de México.

Pocos años habían trascurrido desde a partir de aquel en el cual por vez primera pisó Colón tierra americana; y disipada ~~siempre~~ del todo, si en su mayor parte, la idea que dominó al ilustre descubridor, al emprender su audaz navegación, los sabios y los investigadores ^{con} temporáneos trataron de ^{saber} ~~en~~ vestigar cual era el origen de aquellas gentes nuevas cuyo aspecto físico, costumbres e idiomas, diferían tanto de los demás pueblos y naciones conocidas.

Mas tarde los descubrimientos y conquista de las de tierra firme, México, Centro América y Perú excitó en alto grado

2
esa curiosidad científica
avivada en ~~su~~ grado con
el envío de productos natura-
les y artefactos indígenas
de las tierras nuevamen-
te conquistadas.

Se excogitaron numerosas
y variadas hipótesis, y a
causa de las discusiones que
estas provocaron se aportaron
nuevos y mejores datos, con-
tinuando el debate en terre-
no mas sólido y por ende
mas fructuoso para la cienc-
cia. Tanto la ciencia auto-
gna como la coetánea se
puso a contribución para
solucionar el problema,
desempeñando importantí-
simo papel en ella.
Los escritos de Platón, la
Biblia, los Padres de la
Iglesia Católica, princi-

palmente S. Agustín, y
algunos poetas griegos
y latinos, entre estos
Lucrecio y Virgilio.

La producción literaria
impresa que a principios
del siglo XVI, acerca del per-
ticular corría en manos
de la multitud, dado su
número podía formar bi-
blioteca.

Apareció entonces un esfor-
zado escritor que se propuso
coleccionar, examinar y dis-
cutir todas las opiniones que
tocaban al origen de los
indios americanos. Se ha-
bían emitido. Este gigante
tesco erudito y acucioso cri-
tico fue el R. P. Fr. Grego-
rio García. Organos lo
que acerca de él, y de
su obra nos dejó escrito

4
en breve y substancioso artí-
culo el eminente D. José Fer-
nando Ramirez:



GARCIA (FR. GREGORIO) (*dice*),

DEL Orden de Predicadores y Presentado en ella; nació en Cozar, Diócesis de Toledo. No he hallado noticias de su nacimiento, y las que siguen están tomadas de algunas reminiscencias que él hace en la obra que escribió intitulada *Origen de los Indios*. El motivo de su vocación á la vida religiosa lo expresa en la Dedicatoria de aquella, hablando con Santo Tomás de Aquino: “Oyendo predicar en
“vuestro día y fiesta, vuestra fama, vida y
“obras, sentí en mi alma un toque tan vivo y un llamamiento tan presuroso y eficaz, que respondiendo á él me resolví y
“determiné de ser Religioso desta ilustre
“y sagrada orden y en este mismo día pe-

Ramírez. Tom. II.—29

cía, hace sentir la falta de aquel, pues de él sólo nos queda, que yo conozca, el que intituló *Origen de los Indios*. El lugar que ocupaba en su obra y la distribución de ésta, nos la dice él mismo en la mención que hace del asunto de sus investigaciones.

“ En tres cosas reparé más que en otras:

“ La 1^a que Reyes gobernaron aquel reino (el del Perú), qué guerras tuvieron y

“ que sucesos hasta que entraron los españoles.

“ La 2^a de qué parte fueron á

“ aquella tierra y la demas de las Indias

“ los primeros pobladores. La 3^a si se

“ predicó el evangelio en estas partes en

“ tiempo de los Apóstoles. De todo lo cual

“ tuve propósito de hacer tres libros contenidos en un mismo volumen y así comencé á trabajar en lo primero; sino

“ que despues, por haber venido á la Nueva España y visto en ella muchas cosas,

“ juntamente con la informacion vocal y

“ escrita de cosas que importaban para lo

“ segundo y tercero mucho, consideré que

“ la historia se aumentaba y crecia tanto

“ que no podia sacalla toda junta á luz y

“ asi mudé de parecer llegado á España y

“ me determiné de sacar primero á luz el

entendimiento de hombres agudos y curiosos.—Valencia, en casa de Pedro Patriocio Mey. M.DC.VII. en 8^o. (1697)

El título caracteriza muy exactamente la obra, más de ingenio y agudeza que de utilidad, bien que todavía contenga algunas noticias curiosas. El autor se propone dar á conocer todas las opiniones emitidas hasta su tiempo, ó que se podían formar, sobre el origen de la población de América, las unas inconciliables con las otras, no siendo feliz más que en un solo punto: en demostrar la insuficiencia de todas; suerte que han tenido cuantos después de él han acometido la propia empresa. Esta obra se reimprimió con su propio título: *“Enmendada y añadida de algunas opiniones ó cosas notables, en mayor prueba de lo que contiene, con tres Tablas muy puntuales de los capítulos, de las materias y autores que la tratan.*—Madrid, 1729, en la imp. de Francisco Martinez, in fol.”

Las adiciones son tan numerosas que aumentaron el volumen en más del doble. Con ellas adquirió un inmenso valor, porque sus citas facilitan el estudio de los nu-

Hasta aquí el Sr Ramirez.

No bajan de mil y medio los autores que el P. Ganús cita en su obra, anulando sus opiniones, defendiendo las y desfogues combatiéndolas, con la particularidad que a la pobre de tanta lucha él no se adhiere a ninguna ni expresa alguna que le sea propia. Entre lo mucho que allí se lee vemos lo que hasta esa época se opinaba. Los indios americanos descendían ^o de cartagineses, de fenicios, de romanos, de árabes, ^{de españoles, rusos, tártaros, japoneses, chinos,} ^{cos emigrados,} ^{de las tribus} ^{indias, de etc} de Israel perdidas después de la cautividad de Babilonia o serían vertos de los atlantes de que habla Platon en sus diálogos Timeo y Cricias.

6

En esas fantásticas especulaciones siguieron los escritores posteriores a García, y solamente uno de entre ellos vino de otro camino, Isaac de la Peyrère o Pererius quien publicó hacia 1655 un escrito sosteniendo la teoría de los pre-Adamitas. Según esta hipótesis fue Adán el progenitor, solamente de la raza judía, y por ello la Biblia tan sola se refiere. Todas las demás razas de nuestro planeta existían antes de la creación del Adán Bíblico, y entre estas la de las naciones americanas provenientes de otros padres, criados por Dios en esas tierras, a las cuales dotó de animales y plantas para mantenimiento ~~de~~ mutuo.

11

No hay que ponderar el escándalo que produjo tal doctrina en esos tiempos, con la cual se minaba de sus cimientos el credo católico y cristiano.

Durante el siglo XVIII los que abordaban esta cuestión debían no olvidar que todas sus desquilitaciones no fueran en manera alguna contrarias a las ideas y doctrinas condecoradas en los libros sentos del Catolicismo?

Poco se adelantó por lo mismo en este asunto.

El ilustre Humboldt con su inmenso saber generalizó la teoría del origen asiático de los Americanos, aunque aduciendo, mas que pruebas,

8
razones de congruencia

Los ^{estudios} ~~investigaciones~~ sobre
pro-somatológicos de Morton,
en los Estados Unidos; las
investigaciones experimentales
de Agassiz y Darwin, en
pleno siglo XIX, resquebrajaron
la tan combatida idea de
La Peyrière vestida en el
ropaje del polygenismo;
consecuencia de ello fue
la teoría del aucto-tonismo
de los indios de América,
defendida principalmente entre
nuestros vecinos del Norte por
mi illustre amigo el Dr. Da-
niel Garrison (Brinton).

Hasta principios de la
presente centuria se em-
prendió un estudio serio,
verdaderamente científico,

9

tratando de esclarecer,
con datos positivos, el
origen de los indios ame-
ricanos. Cupo tal gra-
tía a mi sabio maestro
el Dr. Al^o Hrdlička,
quien en un preliminar
estudio nos ha expuesto
la serie de investigaciones
por el emprendido, el mé-
do empleado y los alenta-
dores resultados que has-
ta hoy se han obtenido.
No me atrevo a hacer un
resumen de su escrito pues
temería falsearlo; prefiero
escuchéis la lectura ínte-
gra del mismo:

10

Entre las varias hipótesis que en el siglo XVII se emitieron propusieron para explicar el origen de los indios americanos y de la cultura que los conquistadores encontraron en ellos, mencioné la existencia de la Atlántida. No poco favor disfrutó esta teoría, especialmente en el siglo XVII pero en el siglo XVIII y la mayor parte del XIX la generalidad de los americanos científicos sonreían cuando en alguna reunión se presentaba, y por lo común no la discutían.

En la actualidad eso no

11
acertado, no obstante que
los teosofistas y ocultistas
la han tomado para com-
probar sus doctrinas, den-
dono acerca de ello escritos
tan poco serios como el in-
titulado "Le Livre de l'Atlanti-
de" por Michel Mawxi. Paris,
1922. y otros más
que indirectamente se ocupan
del mismo asunto y con el
mismo criterio.

Veamos lo que la verdadera
ciencia hoy día nos enseñe
respecto a este importante
asunto; y pero antes de abordarlo
debo dar a conocer los textos
antiguos de los cuales tal
creencia se derivó.

12
No debo terminar esta
lección sin desear a cono-
cer el texto de donde se
deriva la creencia de ha-
ber existido la Atlánti-
da.

Entre los escritos del remem-
brado filósofo griego Platón,
hay dos diálogos conocidos,
respectivamente, con los
títulos de Timeo y Cricias.
En ambos habla de la
Atlántida, en estos térmi-
nos:

13
Hasta aquí lo del Fimeo;
oigamos lo del Cricias:

Cricias - Yo invocaré
sobre todo a Mnemosyna. La
mayor parte de lo que yo he
de decir depende de ella.
Si mi memoria es fiel
y me permite ~~de~~ repetir
los antiguos escritos de los
sacerdotes egipcios que Polón
nos ha traído, creeré haber
cumplido fielmente mi
encargo....

Notemos desde luego que
según la tradición egipcia
ha 9.000 años que se suscitó
una guerra general entre
los pueblos situados al Oc-
cidente de las columnas

De Hércules y los que
 estan acá. Apenas nues-
 tra patria, marchó a la cabeza
 de la primera liga. Ella sola
 terminó esa guerra. La liga
 contraria la encabezaban los
 reyes de la Atlántida.

Dijimos ya que esta isla
 era mas extensa que el Asia
 y la Lybia, y que ella fue
 sumergida a causa de tem-
 blores de tierra quedando
 en su lugar un sedimento o li-
 mo que detiene a los navegan-
 tes haciendo a la mar nave-
 gable. En el curso de mi
 relato hablaré, en su oportuni-
 dad, de todos los pueblos gri-
 gos y de los bárbaros que exis-
 tían entonces.

Debo comenzar por los
 Atenienses y por sus adver-
 sarios e informaros de sus
 fuerzas y de sus gobier-
 nos. Segun este plan, es
 de nuestra ciudad de la
 que yo debo ocuparme des-
 de luego.

Los Dioses se dividieron,
 en otros tiempos, las diversas
 regiones de la tierra. Esta
 particion se hizo sin disputas
 pues seria absurdo creer que
 ellos ignorasen lo que a cada
 uno convenia.

Habiendo obtenido asi la
 porcion que les era agrada-
 ble, se establecieron alli
 y cuidaron de los hombres que,

tocaron como los pastores
cuidan a su ganado. No
emplearon la violencia;
los trataron como a anima-
les dóciles....

Gobernaron así los dios
el país que les tocó. Vul-
cano y Minerva que eran
de igual naturaleza, como
provenientes del mismo pa-
dre y perseguían el mismo
fin por su común amor
por las artes y por la cien-
cia, compartieron unidos
nuestro territorio primitivo.

Inspiraron ellos, a los indígenas,
el amor al bien y a un go-
bierno regularizado

Aquellos hombres primitivos
se extinguieron quedando
solo su memoria.

17
Los únicos descendientes de
sus directos fueron los
que ~~han~~ quedaron fueron
los habitantes de las
montañas.

Hombres y mujeres con-
currieron a las guerras y
eso simboliza la esta-
tua de Athena cubierta
con una armadura.

Los guerreros separados
del resto del pueblo
agricultor, comerciante, etc
vivieron aparte en todo
lo necesario para su sus-
tento y el de sus hijos.

Sus bienes eran comunes
y no exigían a sus concu-
dinos sino lo indispensable
para vivir y desempeñar su
misión que era defender la
patria

18
Continúa Ovidio describiendo
la grandezza de Atenas, las
costumbres puras de sus ha-
bitantes, su elevada cultura,
sus morigeradas costumbres,
su alejamiento de la super-
fluidad y del lujo.

Conocido el pueblo ateniense
pasa a describir narrar la
Historia de la Atlántida
Así:

¿ Dijimos ya que cuando
los dioses se repartieron
el mundo, cada uno de ellos
tuvo su parte, grande o pe-
queña en la cual estable-
ció templos y sacrificios
en honra suya.

La Atlántida tocó a Posei-
dón y él estableció en una
parte de esta isla a los
hijos que tuvo en una
mujer terrestre.

Este lugar era una plani-
cie situada cerca del mar
y en la parte media de la
isla, la mas fértil de toda
ella. A distancia de unos

estados, siempre en ~~medio~~
mitad de la isla, había
una montaña poco elevada
Allí moraba él con su mu-
jer ~~Leucoro~~ ^{Ivenor}. No tenían más
que una hija llamada Cleto
y que al morir ellos era ~~nu-
trif~~

Allí moraba Ivenor, uno
de los hombres que en otro
tiempo había engendrado la
tierra, con su mujer Leucipo.

Señalan ellos una hufa
 llamada Clito que al
 morir ellos era núbil.

Poseidon enamorado de ella
 la hace su esposa.

Para aislar y cercar por
 todas partes la colina
 que esta habitaba, forma
 en su derredor un triple
 foso lleno de agua ~~en~~
 cluyenda y cerrando con dos
 murallas de repliegues
 desiguales el centro de
 la isla, a igual distan-
 cia de la tierra lo cual
 hacia ese lugar inaccesi-
 ble pues entonces aun no
 se conocian los barcos ni
 el arte de la navegacion.
 En su calidad de dios,
 el hermoseaba constante-
 mente la isla.

Hizo naceran y corrieran
 dos manantiales, el uno
 caliente y el otro frío,
 además ha un que la
 tierra produjese alimen-
 tos abundantes y variados.

Por cinco veces Clito le
 hizo padre de otros tantos
 gemelos, que ella crió,
 el educa.

Después dividió la isla
 en diez porciones; dio al
 primogénito del primer par-
 to la morada de su madre
 con la rica y extensa campí-
 ña que le circuea, nombra-
 ndole rey de sus hermanos.
 A cada uno de estos lo hizo
 soberano de un gran país y
 de numerosos pueblos.

El primogénito y rey de este imperio se llamó Atlas de cuyo nombre derivó el de la isla y del mar Atlántico.

A su hermano gemelo tomó la extremidad de la isla, la mas cercana a las columnas de Heracles. Se llama el Gadirico en su lengua, equivalente en griego a rumele. Por ello se llamó en país Gadira.

Los segundos hijos levan por nombre Amphero y Eremon; los terceros Mneesé y Autoc-tono; los del cuarto Elasipo y Mestor; y los del quinto Azaes y Diaprepes.

Los hijos de Poseidon y sus descendientes perma-

necieron en este país en una
 larga serie de generaciones
 y su imperio se extendió
 a un gran número de
 islas circunvecinas y aun
 mas allá del estrecho, hasta
 Egipto y la Syria.

La posteridad de Atlas se per-
 petuó siempre venerada; el
 de mas edad de la raza defen-
 da el trono al de mayor edad
 de sus descendientes y así se
 perpetuó el poder en la
 familia durante un gran
 número de siglos. Habian
 ellos acaparado mas riqueza
 que la de cualquiera otra din-
 astía que la poseiera o que no
 poseerá jamás. Finalmente, te-
 nian ellos en abundancia en

La ciudad y en el resto del país
 todo lo que podían desear.
 Muchas cosas les venían de
 fuera como productos de su
 extenso imperio; empero,
 la isla producía todo lo
 necesario para la subsisten-
 cia y entre ella los meta-
 les sólidos y fusibles y tam-
 bien aquel del cual ahora to-
 lo el nombre conocemos, el
oricalco. Muchas minas ha-
 bría por todas partes que lo
 producían; después del oro
 era el metal más estimado.
 Las artes tenían en esa isla
 todos los materiales necesarios
 para sus artefactos. Allí se
 nutrían animales domésticos
 y salvajes, entre otros gran
 número de Elefantes pro-
 porcionando la abundante
 pastura que ellos consu-
 men lo mismo que la

indispensable para animar
 les de lagos, ríos, plan-
 ties, montañas y lagunas.

Allí se producían igual-
 mente todos los perfumes
 que la tierra hoy día toma
 de diversas regiones que las
 raíces, y las plantas, & ju-
 go de flores ^{y frutos}, destilan.

Habría viñedos, trigo, legum-
 bres, & frutos leñosos espe-
 cies, frutos leñosos que
 ofrecen a la vez bebidas, co-
 mida y perfumes; frutos
 de cascara, difíciles de con-
 servar y que sirven para
 juego a los niños; los fru-
 tos sabrosos que nos sirven
 de postre para excitar el ape-
 tito cuando el estómago está
 rehenchido. Tales eran los
 divinos y admirables tesoros
 que en esta isla en canti-
 dad innumerable y en cuales

quiera parte de la misma
de producción.

Con estas riquezas que la tierra
les prodigaba, sus habitan-
tes elevaban templos, pala-
cios, puentes, fondeaderos para
los navios; finalmente ellos
embellecieron su isla tal cual
voy a narrarlo.

En primer cuidado fue poner
puentes sobre los fosos que
rodeaban la antigua metró-
poli, estableciendo así como
necesidades en la real morada
y el resto del país. Constru-
yeron desde luego un pala-
cio en el mismo sitio que
habrá habitado el Dios y sus
antepasados. Los reyes que
sucesivamente lo iban here-
dando le añadían, a su vez, cuan-
to mas pudiera embellecerlo,
esforzándose en superar a sus
antecesores, e hicieron tanto

que no podía menos que ^{at}contem-
plarse con quedarse estupe-
facto de admiración al con-
templar tanta grandiosi-
dad y belleza.

Excavaron un canal, par-
tiendo del mar de tres
de anchura, de cien pies
de profundidad y de una
extensión de cinco estados,
el cual desembocaba en la
mar exterior; lo arre-
glaron de tal manera que
los navios que viniesen del
mar pudieran entrar allí
como en un puerto, arre-
glando una vada en la
cual los mas grandes se
entre ellos pudieran ma-
nuebrar libremente?

En las murallas terrestres que
separaban las maritimas, frente
a los puertos abrieron brechas
lo suficientemente amplias
para un triremo pudese pasar
y unieron los bordes de ambas
murallas con techos de maderas

que las naves las atravesasen a cubierto. Porque las murallas terrestres se elevaban muy mas alto que del nivel del mar y las terrestres se movieron otras de la misma clase y contiguas a aquellas tenían las mismas dimensiones. De las dos murallas, subacuáticas, la del mar media dos estados y la de tierra abarcaba iguales dimensiones. Finalmente la muralla que circunvalaba la isla interior tenía de longitud, un estado totalmente. Respecto a la isla interior en donde estaba el palacio de los reyes, su diámetro era de cinco estados. Las costas de la isla, las murallas, la puerta de tres arpuetas de anchura estaban revestidas de piedra. Construyeron torres y puertas en las extremidades de los puentes y a la entrada de las bóvedas bajo las cuales pasaba el mar. Para terminar todas estas construcciones, labraron todo el derredor de la isla interior y de cada lado de las murallas, con piedras unas blancas, otras negras y también rojas. Al tallarlas aquí y allá, excavaron en el interior

de la isla dos estanques profundos, defendidos por cubierta la misma roca. De estas estructuras, ~~las~~ unas eran sencillas, otras formadas con variedad de piedras para recrear la vista y agrandar. En calidad de pintura recubriéronse de cobre el muro del recinto exterior en toda su extensión; de estano el segundo recinto y la Acrópolis toda de oricalco con reflejos rojos.

He aquí como edificaron el palacio de los reyes en el interior de la Acrópolis.

En su parte media se levantaba el templo consagrado a Clito y a Poseidon, lugar formidable, circuido con una muralla de oro, allí donde en lejanos tiempos fueron engendrados y vinieron al mundo los diez jefes de las dinastías reales. Allí se reunían cada año las diez provincias del imperio y aprendaban a esas dos divinidades las primicias de los frutos de la tierra. El templo en sí medía un estado de longitud, tres arpentas de anchura y una altura proporcionada; su aspecto en conjunto asumía algo de bárbaro. Todo el exterior estaba revestido de plata exceptuando las extremidades que lo eran de oro, de plata y de oricalco. Los muros interiores, las columnas, los pavimentos estaban

recubiertos con marfil. Por do-
 quere se veían estatuas de oro
 pero especialmente la del dios
 de pie sobre su carro que conde-
 cían sus corceles alados, tan gran-
 des que sus cabezas tocaban la
 bóveda del templo y aun derre-
 dor cien Nereidas asentadas sobre
 delfines. Un gran número de
 otras estatuas, ofrecidas por par-
 ticulares se sumaban á estas.

Por todo el contorno del templo,
 al exterior, se levantaban esta-
 tuas de oro de todas las reines y
 reyes descendientes de los dios
 hijos de Atlante ó Neptuno, así
 como nubes de otras ofrecida de
 los reyes y de los particulares,
 ya de la ciudad, ya de los países
 extranjeros conquistados.

Por la magnitud y exalencia del
 trabajo el altar era al unísono
 de estas maravillas y el palacio
 de los reyes, todo él era tal ~~q~~
 cubría cual convenia a la exten-
 sion del imperio y al ornato del
 templo.

Dos manantiales, uno de agua
 fria y otro de agua caliente,
 abundantes e inagotables, por lo
 agradable y la virtud de sus aguas
 satisfacian admirablemente a toda
 necesidad.

En derredor de las habitaciones
 habia arboles que atraian la fres-
 cura; estanques al aire libre o cuber-
 tos con techo para los baños en el
 invierno; aqui los del rey, aculla los
 de los particulares; en otros lugares
 los de las mujeres, y por ultimo, en
 otros, mas los de los caballos y demas
 animales de carga; todos ornamen-
 tados y decorados segun era el uso
 de ellos. El agua que de alli salia
 iba a regar el bosque de Poseidon,
 en el cual arboles de un tamaño y
 belleza casi divinas, se erguen so-
 bre terreno mullido y fértil; de ahí
 seque para los ~~terros~~ recintos ex-
 teriores por acueductos labrados en
 direccion a los puentes.

Numerosos templos deduados a otras
 tantas divinidades; incontables jar-
 dines, gimnasios para hombres,
 hipódromos para los caballos se
 habian construido en los recintos
 que formaban como islas. Habia
 sobre todo, a la mitad de la mas
 extensa un hipodromo circular
 de un estado de anchura que per-
 mitia ejercicio de carrera y lucha
 en una extensa pista. A derecha
 e izquierda del mismo ataban
 los cuarteles destinados a la mayor
 parte de la guarnicion. Las tropas
 de mayor confianza se albergaban
 en el recinto menor, espaciado y que
 estaba mas cercano a la Acropolis.

Finalmente, aquellas cuya aspe-
sion y fidelidad eran induda-
bles, vivían en la Acrópolis
misma, cerca de los reyes.

Las muelles para los navíos es-
taban llenos de trozos y de
todos los útiles y almacenes que
aquellos necesitaban. Nada faltaba
y estaba en perfecto orden.

Detrás y fuera de los tres
puentes, comenzaba en el mar
una muralla circular contor-
neando la mas amplia de los
Cerro recintado amurallados y el
mar anchuroso. puerto, en una
extension de cinco estadios re-
formando al punto de partida pe-
formar la desembocadura del
canal que se abría en el mar.

Numerosas habitaciones se
levantaban unas al lado de las
otras en este intervalo; el canal,
el puerto principal rebosante
de embarcaciones y de comercian-
tes venidos de las otras partes
del mundo y una multitud
que tanto de dia como de no-
che producía un ruido de
voces y un tumulto continuos.

Lo relatado hasta aquí es
solo lo referente a la ciudad
antigua, morada de los reyes;
veamos ahora lo que la natura
había hecho para el
país y lo que el arte había
agregado para embellecerlo.

Desde luego se relata que el ^{terreno} suelo era muy elevado sobre el nivel del mar y las costas de la isla cortadas a pico. Al rededor de la ciudad se extendia una playa circuida por montañas que llegaban hasta el mar.

Esta playa era plana y uniforme, oblonga, teniendo del lado de las montañas 3,000 estadas y de la del mar, mas de 2,000. Esta porción de la isla veia al Mediodia abrigada contra los vientos del Norte.

Orgullosos de las montañas que le circuián, sin igual hoy dia por su número, su elevacion y su belleza, contenian ricos y populosos pueblos, rios, lagos, praderas en las cuales los animales domesticos y salvajes encontraban pastura abundante, numerosas y extensas florestas en donde las artes tenían materiales de todas clases, para artefactos de toda especie.

Asi era esta planicie merced a los beneficios de la naturaleza y al trabajo de un gran número de reyes durante el transcurso de mucho tiempo

Esta llanura tenia la forma de un cuadrangulo recto y alargado; si en algunos lugares ella se apartaba de esta forma se habia corrido era irregularidad excavando el foso que la rodeaba. La profundidad, longitud y anchura de este, parece una fabula, tal vez que se trata de un trabajo humano, si se compara a obras de su misma especie; no obstante, yo os lo relato como lo oí decir. Estaba excavada hasta la profundidad de una arpeuta, teniendo de anchura un estado; delineada toda al derredor de la playa no tenia menos de 20,000 estados de longitud.

Este foso recibia todas las corrientes de agua que venian las montañas, cruzaban la playa, desembocando por un dos estrechidades en la ciudad y de allí se descargaba en el mar. Del borde superior de la misma partaban ~~los~~ cortaduras de 100 pases de anchura cortando la playa en linea recta y de vertiendo a esta misma fosa en las proximidades del mar; distaban la una de la otra 100 estados.

Para trasportar por agua las maderas de las montañas y los diversos productos de cada estacion a la ciudad habian comu-
meado embres ~~estas cortaduras~~ y con la ciudad estas cortaduras por canales que se cruzaban transversalmente. Sabed que en tierra daba dos cosechas por año, porque en el invierno la regaban las lluvias de Júpiter y en el estío la irrigaban las aguas, por las cortaduras.

El numero de soldados que debieran aprestar los habitantes de las llanuras, capaces de manejar armas, se habia fijado así: Cada division territo-
real debería elegir un jefe, y estas divisiones tenian una extension de cien estados y habia 60,000 divisiones. Respecto a los habitantes de las montañas y lo restante del país, la tradiccion dice que eran en numero infinito; se les distribuia segun las localidades y poblaciones, en divisiones análogas a las otras, cada una con su caudillo. El jefe debía suministrar, en tiempo de guerra, la sexta parte de un carro de guerra, de modo que formasen estas diez mil unidades; dos caballos con sus finches, las

36

guarniciones de dos caballos sin cerro;
un soldado armado de un pequeño es-
cudo, un auriga para conducir dos ca-
ballos, dos corredores de caballos per-
fectamente armados, arqueros, honderos,
dos de cada clase; soldados armados
a la ligera ya con piedras, ya con fave-
linas, tres de cada especie; cuatro ma-
rineros para maniobrar en las naves,
que formaban una flote de 200 naves.
Esta era la organizacion de la mili-
cia en la ciudad real; las nueve
provincias restantes tenian cada una
la suya de las cuales seré por li-
jo hablar.

En lo concerniente al gobierno y ejer-
cicio de la autoridad, he aqui el
orden que se estableció desde el
principio. Cada uno de los diez reyes,
en la provincia que le tocó y resi-
dia, tenían absoluto poder sobre
los hombres y las leyes, aplicando
castigos y aun el de muerte, a
su arbitrio. Tocante al gobierno
general y a las relaciones de los
reyes entre sí, las ordenanzas
de Poseidon, servian de norma.
Estas ordenanzas se habian tras-
mitido como suprema ley; los
primeros de entre ellos las tenían
grabadas sobre una columna
de oricalco, erigida en la mitad
de la isla, en el templo de Poseidon.

Los diez reyes se reunian sucesivamente, los años 5 y 6 alternando los numeros par e impar. En estas asambleas discutian los asuntos de interes publico, investigaban si acaso se hubiese cometido alguna infraccion a la ley, y lo juzgaban.

Antes de pronunciar una sentencia veíanse como mutuamente prestaban el juramento.

Despues de haberse introducido al templo de Poseidon un cierto numero de toros y quedando dentro del mismo solo los reyes, estos pedian al dios elipere la víctima que quese de su agrado, y se ponian a lazar a alguno de los toros. Cuando habian ~~ata~~ atrapado a alguno, lo conducian hacia la columna y lo degollaban, en su cúspide, conforme a las prescripciones legales rituales. Además de las leyes estaban grabados sobre esta columna un formidable juramento e imprecaciones contra los que las violasen. Terminado el sacrificio; consagrado, los miembros del toro segun las leyes, los reyes vertian gota a gota la sangre de la víctima en una

copa, arrojando la restante al fuego, y purificaban la columna. A conti-
 nuación tomaban de la copa, ~~con~~ ^{en}
 frascos de oro de aquella sangre y
 arrojaban una parte de la misma
 en las llamas, jurando gobernar
 segun las leyes escritas sobre la
 columna, castigar a cualesquiera que
 las violase, observarlas con todo su
 poder, no gobernar sino mediante
 ellas y no obedecer uno al gobernan-
 te que se rometiese a las yes le-
 yes de sus padre*

Despues de haber elevado estas
 preces y promesas, tanto en su
 nombre como en el de sus hijos;
 despues de haber bebido lo que
 aun de sangre quedaba en los
 frascos; de haberlos depositado
 en el templo del Dios, se
 arreglaban para un festin y
 otras ceremonias.

Al acercarse la noche habendotes
 apagado el fuego del sacrificio;
 despues de haberse vestido con,
 bellisimos trajes de color cele-
 leo, de permanecer sentados junto
 a los vestigios del sacrificio, al
 cerrar la noche y cuando todo
 fuego y luz quedaban extin-
 guidos en el templo ellos
 pronuncian sus sentencias
 y las supria, si alguno de entre

39

ellos habian sido acusado de haber violado las leyes.

Al esclarecer el dia, escribian estas sentencias en una plancha de oro la cual colgaban con sus vestiduras, en los muros del templo, como recuerdo y advertencia.

Demás de esto habia un gran número de leyes y particulares relativos a las atribuciones de cada uno de los reyes diez reyes. Las principales eran; no pelear unos contra los otros, de auxiliarse mutuamente en caso de que alguno intentara expulsar a alguna de las razas reales de sus Estados; deliberar en común, a exemplo de sus antecesores, acerca de la guerra y otros asuntos importantes, y ceder el mando supremo a la raza de Atlas. El rey no podia condenar a muerte a ninguno de sus allegados, sin el consentimiento de mas de la mitad de los ~~otros~~ reyes.

Fal era la potencia, el formi-
dable poder que ensa en pata-
dos tiempos en esta comarca, y
que la divinidad, según la tra-
dición oíó sobre nosotros por
causas que he relatado.

Durante muchas generaciones,
entanto que entre ellos subsis-
tió algo de la naturaleza del
Dios del cual descendían, los
habitantes de la Atlántida obede-
cieron las leyes que habían reci-
bido y honraron el principio divi-
no que constituía su patrimonio.

Sus pensamientos conformes con
la verdad y de todo punto ge-
nerosos, se mostraron llenos
de generosidad, de moderación
de sabiduría, en todo eventual-
idad, como también mutua-
mente. Por esto veían con des-
precio lo que no era virtuoso,
hacían poco aprecio de los bienes
presentes y llevaban como un
pesado fardo el oro, las riquezas
y las ventajas de la fortuna.
Después de embriagarse con los de-
licates, de abdicar el gobierno
de sí mismos en manos del
acaso y ser juguete de las

41
pasiones y el error, supieron en-
tender que todos los bienes se au-
mentan de acuerdo con las vir-
tudes, y que por el contrario, cuan-
do se les busca con demasiado
ardor y empeño, perecen y la
virtud con ellos.

En tanto que los habitantes
de la Atlántida razonaron
así y conservaron la natura-
leza divina de que estaban
dotados todo fue éxito, según
lo he relatado. Pero cuando la
divina esencia se fue meno-
rando más y más por la
continua mezcla con la natu-
raleza mortal, cuando lo huma-
no la superó en mucho, entonces,
impotentes para sobreponerse a
la prosperidad presente, defenera-
ron. Los que reflexionaban y en-
tendían comprendieron que se ha-
bían convertido defenerados en
perversos y habían perdido al
maspreciado de los bienes;
los que eso no entendieron
fuera de disfrutar una vida fe-
liz, juzgaron que habían llega-

114.F.N.6.1.5.45

do a ^{sumum} la ~~estude~~ de la virtud
 y de la felicidad ~~en~~ ^a ~~los~~ tiempos,
 en que ellos, presa de ^{la} loca passion
~~de~~ solo buscaban acrecentar su
 poder y sus riquezas.

Entonces, el dios de los dioses,
 Júpiter, quien gobierna se-
 gún las leyes de la justicia, y
 cuya mirada distingue clara-
 mente el bien y el mal, viendo
 la depravacion de un pueblo
 antes virtuoso y queriendo cas-
 tigarlo para que volviese al
 camino de la virtud y de la
 sabiduria, reunió a todos los
 dioses en la mas brillante
 parte de la mansion celeste
 en el centro del universo, desde
 donde se mira todo lo que
 tiene vida, y despues de reunidos
 les dijo

Despues finalmente no ha llegado
 hasta nosotros el resto del M. de
 Platon pero con el dialogo Timeo
 sabemos el castigo de los per-
 versos atlantes.

Que juzgar de esta narración tan explícita, tan rica en detalles, sobre todo desde los puntos de vista geográfico, etnográfico y botánico. Una simple fábula? no es posible. Los sabios de la edad media, los notables escritores del siglo XVII como el jesuita Kircher y el abate Moreaux, entre otros, han admitido la existencia real de este continente. En el siglo XVIII y también en el XIX no han faltado autorizados sostenedores de lo mismo, aunque acusados por críticos medrosos, sabios preocupados y poetas insustanciales.

El asunto en realidad no se ha estudiado con espíritu sereno y científico.

Cierto es que los teosofistas y ocultistas contemporáneos, han venido a poner en caricatura, con sus teorías y exageraciones, este asunto q. han tomado para construir su obscuro sistema como lo prueba

La citada obra de *Tharxi y las de*
Elliott W. Scott.
Afortunadamente la moderna cien-
cia, con sus métodos severos, acaba
de decirnos algo positivo tocante
a esta tan discutida como poco
seriamente estudiada Atlántida.

He aquí lo que ella dice:

Aquí tenéis los mapas formados
por los teósofos mediante sus vi-
dentes y también los que hicieron
los científicos Kircher y Bory de St.
Vincent:



Mapa do Atlântico
Século XVIII

114.FNL.1.5.50

En concepto de estos sabios, son restos del continente atlántico las ^{islas} Azoras, Madera, las Canarias, las ~~islas~~ del cabo Verde o Gorgades, la ~~isla~~ de Pascuas, la de Frislandia, de Acuña, Sta. Elena, la Ascension, las Antillas y la Islandia.

Los Guanches, habitantes de las Canarias en la época de su conquista por Betencourt, hoy extinguidos, fueron los únicos supervivientes de la espantosa catástrofe.

El día que de esas enormes profundidades atlánticas se estriga una piedra labrada, una inscripción, un utensilio doméstico, algún fragmento de obra artística, la verdad de la existencia de la Atlántida será una verdad científica; hoy es una hipótesis muy razonable.

El autoetnograma de los indios americanos lo han sostenido principalmente los antropólogos polygenistas, en su terreno especial, y de los etnógrafos y arqueólogos, como antes dije el principal defensor

en cuanto a la cultura

de ellos fue el Dr. Brenton, americano de Filadelfia (E. U. N. A.)

A conclusiones mas exageradas han llegado el abate Carlos Brasseur de Bourbourg y el Dr. Augustus Le Plongeon. Ambos sostienen que la cuna de la civilización egipcia, helena y europea fue Yucatan y que de este lugar irradió la cultura primordial de esos notabilisimos paisés. El alfabeto griego, segun Le Plongeon es un himno en lengua maya y las palabras que Jesus de Nazareth pronunciara en su agonía, pendiente de la cruz, no son ~~de la~~ lengua ^{sino-caldea} sino en lengua maya. *cy se expresa asi: #*

Los que ~~quieren~~ se interesen en asuntos de esta clase pueden verlos en las respectivas bibliografías que clausura esta nota.

Para concluir debo consignar aqui que esa teoria esta resultando en parte, al decir de los periódicos americanos, en manos de ~~mi amigo el Dr. H. H. H. H.~~ ^{Sr. Spinden} al estudiar la organizacion del calendario maya y decifrar las fechas tratinicas de las inscripciones geroglificas de ese pueblo.

#7

Fue el idioma de los Mayas fue co-
nocido en Caldea en tiempos remotos
pero que se perdio en el curso de los
tiempos, es evidente segun se ve en el
Libro de Daniel.

En el capitulo 5º de este leemos que
la mano que se vio escribiendo sobre
los muros del Salon de Baltazar lo
hizo asi: Mene, Mene, Fekel,
Upharsin, palabras que nadie su-
po, decifrar hasta que llego el fu-
ero Daniel y las ~~interpretos~~ leyó
asi: numerado, numerado, pesa-
do, dividido.

Esto que se cre es en lengua cal-
deica, no es mas que Maya:

Mene es Manel que significa pasado ó
excedido; Fekel es Tec, lux, que hoy
se toma como brevidad; Upharsin
es Ppa, o upphah, roto, o tambien
Paafatal que significa lo mismo o
expulsar a los habitantes de un lugar.

Las últimas palabras de Jesu-
cristo Helo, helo, lamah zabac
ta ni, son igualmente mayas;
lamah, hundirse, sumirse; zabac,
tinte negro, ta, sobre; ni, nariz
que libremente traducido nos da
esta frase: Ahora, ahora, yo estoy
hundido, obscuridad cubre mi
faz.! Los setenta, por una parte
y S. Gerónimo por otra traducen
del sirio-caldes; Dios mío, Dios
mío, porque me has desamparado!
pero el Sr. Plungeon dice
no ser buena tal traducción pues
los griegos y S. Gerónimo nota-
rán lengua mayas.

48
¡Si lo lees en diario nacional
con estas palabras!

Martes 18 de diciembre de 1923

LOS MAYAS SON PRECURSORES DE LOS GRIEGOS EN LOS SISTEMAS NUMERAL Y CRONOLOGICO

—U—
El Dr. Spinden, de la Universidad de Harvard, ha presentado un interesante estudio acerca del Calendario Maya, comparado con el Gregoriano

—U—
De la Oficina de EL UNIVERSAL en Nueva York, Times Building 503
NUEVA YORK, diciembre 17.—Un grupo de profesores del Museo Peabody de la Universidad de Harvard, pretende haber resuelto la verdadera interpretación del calendario maya, cuya primera fecha anota el año 603 antes de la Era cristiana.

El citado museo reclama para sí la victoria en la interpretación sobre las teorías arqueológicas de eminentes sabios alemanes, franceses y de los mismos mexicanos, que han dedicado su ciencia a descifrar la escritura maya.

LOS MAYAS FUERON LOS PRECURSORES DE LOS GRIEGOS EN EL SISTEMA UNIVERSAL

By Associated Press
CAMBRIDGE, Mass., diciembre 17.—El doctor Spinden, director del museo de la Universidad de Harvard, ha manifestado que los antiguos mayas de la América Central, fijaron la primera cronología auténtica del nuevo mundo hace más de dos mil quinientos años.

El doctor Spinden, que según se dice ha confrontado el calendario gregoriano con el calendario maya, encontrándolos de acuerdo, dice que los mayas principiaron a contar los días desde el seis de agosto en el año seiscientos treinta antes de Jesucristo.

Dicho sabio sostiene que el 10 de diciembre del año 580 antes de Jesucristo "los mayas inauguraron oficialmente un calendario perfecto, como se desprende de una inscripción encontrada en la ciudad maya de Copan, al oeste de Honduras.

Este calendario perfecto funcionaba sin perder un solo día, y sólo dejó de usarse cuando los libros mayas fueron destruidos por la inquisición española en Yucatán el año 561".

En el informe que el doctor Spinden presentó al museo, rinde un tributo a la mentalidad de los mayas, calificando al autor del calendario del "genio matemático desconocido que inventó el calendario centroamericano y estableció la era Maya".

También hace hincapié en que el descubrimiento de la clave del antiguo calendario de los pobladores de la América Central, revela que en el hemisferio occidental se habían hecho trabajos intelectuales de primer orden antes de la llegada de Cristóbal Colón.

El informe agrega que la prueba del descubrimiento reposa en la serie de monumentos que en Copan tienen inscripciones relativas a un congreso astronómico que se reunió allí para celebrar la aceptación de ciertos hechos del calendario.

Discutiendo el valor intelectual de los mayas, el informe dice: "La inauguración del calendario maya perfecto, significa la invención, 580 años antes de Cristo, del símbolo del cero, así como de todos los números. Tal cosa significa el conocimiento de la colocación y del valor de los números en lo escrito. Ese hecho fue desconocido de los griegos y de los romanos, y su introducción en la Europa occidental se debió a los árabes. Este es el sistema decimal arábigo, del cual dependen las modernas matemáticas. El sistema maya fue arreglado en una base modificada de 20, y por consiguiente es exactamente igual al arábigo.

*Estos dos artículos, también
periódicos y extraños nos entusiasman al
go más positivo para con nuestra
cuestión*

F. Dickie nos da la nueva. Un inmenso continente con millones de habitantes y una gran civilización desconocida; un brillante imperio del pasado, todo destruido por tremendo cataclismo y tragado por las aguas: es ésta la reciente conclusión revelada por dos exploradores acerca del enigma de Easter Island, una isla volcánica que se alza solitaria en las aguas del Pacífico, a dos mil trescientas millas de la costa de Chile y a mil quinientas del más cercano país habitado.

Desde su descubrimiento por el Almirante Roggeveen en 1772, esta isla ha sido el blanco de la curiosidad y de la investigación de los geólogos, arqueólogos y exploradores en general y una fuente de fantasías para muchos escritores. En sus vertientes que miran al Océano, existen inmensas plataformas de roca porosa de 20 y 30 pies de ancho y espesor por cientos de longitud, construidas a la perfección, sin cemento y no obstante de una gran solidez; además, las rocas están unidas entre sí de manera sorprendente. Pero todavía más dignas de admirar que estas plataformas son las enormes estatuas de piedra que descansan allí, unas en pie, otras ya tiradas y semi-derruidas y muchas otras medio excavadas. Son grotescos bustos humanos de cinco a sesenta y ocho pies de altura, que se alzan como dominando el mar, con su mirada ex-crutadora y eterna.

¿Qué antigua raza fue la que produjo estos notables ejemplares de escultura?

Seguramente no fue la misma de los polinesios que actualmente habitan la isla, pues los de ahora no saben labrar la piedra y miran la gigantesca obra como el trabajo de los dioses.

Este misterio ha preocupado sobre manera a los más notables exploradores y en particular al famoso profesor McMillan Brown y a Mr. Frank Burnett, arqueólogo este último, que ha estado veinticinco años en los mares australes y en Sud América.

Son los mencionados quienes trabajando cada uno por separado han llegado a la sorprendente conclusión de que Easter Island es sólo el resto de un antiquísimo continente, de un gran imperio quizá, de admirable civiliza-

ción, el que a consecuencia de algún cataclismo quedó sepultado en el fondo del océano.

El profesor Brown, observando algunas estatuas que no están terminadas de esculpir, ha declarado recientemente, que por la peculiar particularidad de ellas, es casi seguro que su construcción fue abandonada repentinamente.

Platón, el gran filósofo griego, refiere que en sus viajes a Egipto, algunos sabios de allá le dijeron que 49,000 años antes de Solón, existió un inmenso país al otro lado del estrecho de Gibraltar, un país cuyos habitantes habían logrado alcanzar tal perfección hasta en la forma de su gobierno, que todo el mundo era feliz allí. El nombre de este país fue el de Atlántida, y sus habitantes conquistaron todas las naciones del Mediterráneo, excepto Atenas. Sobrevino un tremendo cataclismo y la Atlántida, que era tan grande como toda el Asia Menor, repentinamente se hundió, con sus palacios y sus pueblos, en las aguas del hoy llamado Océano Atlántico.

Durante los veinticuatro siglos que han pasado desde la muerte de Platón, se ha hurgado mucho sobre lo que pueda haber de verdad en esta narración, pero nada cierto se sabe; no hay hechos ni vestigios palpables, sólo visiones como la de la ciudad sumergida que nos refiere Julio Verne en sus "20,000 Leguas de Viaje Submarino."

Pero las verídicas relaciones de Brown y de Brunett sobre Easter Island, aunque trasladan la vieja leyenda del Atlántico al Pacífico, la llevan de fábula a hecho histórico. Pues los documentos arqueológicos, auxiliares valiosos de la Historia, que se ostentan ante los ojos asombrados de todo el que visita la isla, son un testimonio que los arranca por completo de la fantasía. Manos humanas los formaron, ¿qué fue de aquella raza?

Los dos sabios, desconocidos uno de otro y trabajando a miles de leguas de distancia, han llegado a las siguientes conclusiones:

"En ciertas regiones de la América del Sur, existen señales de una civilización seguramente más antigua que la de los Incas. Estas señales son de diferentes clases: El

antiquísimo lenguaje nahualt, los signos de escritura de los sud-americanos prehistóricos, diferentes de los de todas las demás razas conocidas, antiguas y modernas, exactamente como sucede con las escrituras de las ruinas de Yucatán; esqueletos de hombres que vivieron cuando menos cinco mil años antes del descubrimiento de América y encontrados recientemente por el profesor Seville, de la Universidad de Columbia. Y finalmente, existen ejemplares de estatuas de la antigua Sudamérica, que no tienen semejanza con ningunos de cualquier otro pueblo o época, excepto los bustos de piedra de Easter Island.

La hipótesis más aceptable y que se ha llegado a tomar como conclusión, es que en un tiempo debió de estar unida lo que es hoy costa de Chile con las islas Occidentales (Nueva Zelandia, Nueva Guinea y cuantas forman la Polinesia.)

Mr. Brunett, dice además: "Después de ver las estatuas de Easter Island y las de las ruinas de Tihuanaca (cerca del lago Titicaca en el Perú), soy de los que opinan que ambas pertenecen a una raza que indudablemente habitó la América del Sur y los grupos orientales de islas del sur del Océano Pacífico, cuando éstas emergían en una área mucho más extensa. Una raza que existió y desapareció antes del imperio de los Incas y antes de que los polinesios dejaran el Asia en su gran emigración hacia el oriente del Océano Pacífico.

La diferencia entre las estatuas de Easter Island y las de Tihuanaca, consisten en la forma de la oreja. En las de la isla, dicho órgano tiene un tamaño proporcionado, y en

las de Tihuanaca, el lóbulo está excesivamente abultado. Estoy de acuerdo con Mr. Brown en que en Easter Island parece que fue abandonado repentinamente el tallado de las estatuas, ya que muchas casi terminadas, están aún unidas a la roca donde se esculpieron. Otra suposición también aceptable es la de que probablemente los trabajadores se comieron unos a otros, porque no es nada remoto que fueran caníbales.

Las estatuas tienen todas la misma forma humana, terminando en las caderas con los brazos pegados al tórax. La cabeza es aplastada y remata con una corona roja tallada en piedra diferente. Los cuerpos son de maciza lava gris, obtenida del cráter del Hoti Iti."

No es muy difícil llegar a conocer la historia del "Continente perdido", de aquel pueblo que seguramente llegó a un gran adelanto en ciencias y artes y cuya religión los llevaría a erigir plataformas y monumentos. Cuando sobrevino el cataclismo, se hundió el continente, dejando emerger sólo una de sus montañas, Easter Island, que representa la muda evidencia del imperio desaparecido.

Entre las más interesantes cosas encontradas por los exploradores de Easter Island, está una lámina labrada, y que, según uno de los nativos de la isla, representa en sus raros signos un antiguo Himno religioso que comienza así: "¿Cuál es el poder del Gran Rey en la tierra? El hace las plantas crecer y cambia los colores del cielo. Aclamemos el poder del Gran Rey que nos da las plantas, nos hace admirar el cielo y contemplar las nubes."

UNA ISLA MISTERIOSA

En el mar Pacífico, á 412 kilómetros de la costa de Chile, hay una isla cuyos misterios vienen despertando el interés de los sabios desde hace mucho tiempo, porque se sospecha que en ella se encierra nada menos que la solución del problema del origen de la civilización de la antigua América.

Es la isla de Pascua, descubierta, según se cree, por el piloto español Juan Fernández en el siglo XVI, vuelta á descubrir en 1721 por el almirante holandés Reggeween, y visitada de nuevo en 1770 por un navío y una fragata españoles mandados por Gonzalo de Haedo y por Demonte, quienes, después de tomar solemnemente posesión de ella en nombre del rey de España, Carlos III, la dieron el nombre de San Carlos, que no conservó porque ya los marinos la conocían con el de Isla de Pascua que la había dado el marino holandés.

En los tiempos contemporáneos, la exploración más completa que se ha hecho de ella, es la de Pinard, que la visitó en 1877 y publicó un circunstanciado relato de su viaje en el "Boletín de la Sociedad Geográfica," de París, y en el "Tour du Monde," acompañándole de un mapa y de excelentes fotografías.

He aquí un extracto de los datos principales que aporta Pinard al planteamiento del problema de si la Isla de Pascua es el lazo de unión entre las civilizaciones de Asia y de América:

Perdida en medio de la inmensidad del Pacífico, esta isla, por su aspecto triste y árido, su aislamiento y su falta casi absoluta de recursos, no despierta la avidez de los conquistadores; pero encierra monumentos de un aspecto muy extraño y dignos de fijar la atención de la ciencia. Así es que, cuantos la han visitado, estudiaron, sobre todo, las estatuas colosales labradas por la mano del hombre y que dominan sus cumbres. Estas esculturas gigantescas que la caracterizan,

no han desaparecido todavía, sino que se alzan casi todas sobre su base volcánica, como para atestiguar el paso de una población en otros tiempos poderosa, que floreció allí donde actualmente apenas pueden encontrar su sustento unos cuantos salvajes que han olvidado hasta la tradición de los pueblos que elevaron aquellos monumentos.

Estos fueron construídos en varios puntos de la isla.

Al abrigo de una gran roca, en el cráter de Ronoroaka, hay más de cuarenta estatuas gigantescas dispuestas en la vertiente interior del cráter en tres grupos separados y todas mirando hacia el Norte. Algunas están tendidas; otras, aunque acabadas de labrar, no habían sido todavía separadas de la roca cuando desapareció la raza que las había tallado.

La vertiente Sudeste de la cumbre está materialmente cubierta de estatuas en distintos períodos de fabricación. Allí hay un verdadero taller de estatuas colosales, completamente terminadas unas, y otras en estado de boceto y en vías de ejecución, lo cual permite darse cuenta exacta de cómo se hacía aquel trabajo y de cómo se levantaban y se emplazaban las estatuas una vez terminada su talla. Los escultores escogían siempre una roca colocada sobre un plano bastante inclinado; la labraban en la roca misma, y sólo después de haberla terminado, se ocupaban de desmenularla. Para esto, horadaban una multitud de agujeros de unos ocho centímetros de diámetro debajo de ella, y una vez aislada de la roca madre, la estatua, era fácil hacerla deslizarse por la pendiente natural hasta el emplazamiento que se había elegido para ella. Allí se había hecho una excavación lo bastante profunda para que cupiera en ella el cuerpo de la estatua hasta el busto; luego, insensiblemente, metiendo detrás pedazos de roca que hacían las veces de cuña, la iban levantando hasta que

quedaba de pie, hecho lo cual se rellenaba la excavación, se formaba un terraplén en el plano inclinado, y la estatua parecía levantada sobre una verdadera terraza.

La mayoría de las esculturas miden siete metros de alto á partir del busto. Hay, sin embargo, algunas cuyas dimensiones son: altura de la frente, dos metros; largo de la nariz, 3.40 metros; altura de la barba, dos metros; cuerpo, 12 metros, y añadiendo 75 centímetros para los labios, resulta que estas estatuas tenían, en total, 20 metros.

En las cercanías de un anfiteatro en que acampó el viajero francés, había grupos de estatuas gigantescas, cuyo número pasaba de 80.

En el tipo de las esculturas, se observan algunas diferencias, según el sitio de la isla en que se hallan emplazadas; unas tienen la nariz algo más larga y los labios algo más gruesos que las otras. Muchas presentan rastros de haberse querido imitar en ellas rudos tatuajes.

Aparte de las estatuas, hay en varios sitios algo semejante á calzadas ó caminos enlosados, bordeados de piedras talladas de 1.20 metros de alto. También han sido descubiertos varios cementerios con buen número de sepulturas, evidentemente muy antiguas.

Por último, se han encontrado en la isla de Pascua restos de inscripciones en las rocas y tablas y palos "parlantes," cubiertos de signos hasta hoy no descifrados, y que se cree fueron obra de las mismas gentes que labraron las estatuas colosales. Estos palos "parlantes," son, en la actualidad, extremadamente raros, aunque todavía se encuentran algunos en la isla, y hay otros en el Museo de Santiago de Chile.

Créese que el día en que se puedan descifrar las inscripciones que contienen, se habrá dado un gran paso en la resolución del problema del origen de la civilización americana.

Porque existe la coincidencia, verdaderamente extraordinaria, de que las estatuas colosales y demás monumentos de la isla de Pascua, así como las plataformas donde aquéllas se levantan, tienen una semejanza que, desde luego, salta á la vista con esculturas y monumentos y aun plataformas similares del Perú y del centro de América.

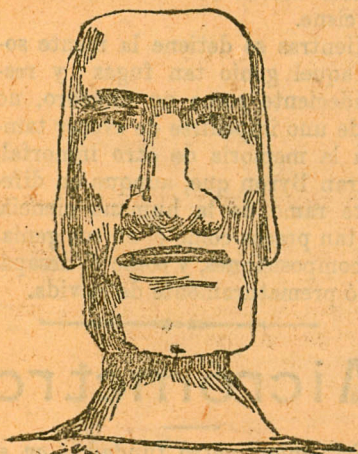
La raza que antiguamente ocupó la isla de Pascua, debió poblar igualmente las de Pitcairn y Malden, pues en ambas se encuentran bustos y cabezas semejantes á las esculturas de la isla de Pascua, así como también á las de los almarás del Perú. Aquella raza desapareció, créese que destruída por una invasión de kanakas ó de otros polinesios, que es la raza que actualmente puebla aquellas islas.

Recientemente, sin embargo, en 1898, el buque de guerra inglés "Mohawk," cruzando por entre las islas de Santa Cruz, Swallow, y otras, á unos 800 ó 900 kilómetros al Este de las islas Salomón, encontró en la isla Tocupia una población de unas 800 almas pertenecientes á una raza hasta ahora no observada, y cuya descripción coincide casi exactamente con la que el almirante holandés Roggeween hizo del pueblo que en su tiempo habitaba la isla de Pascua. Los habitantes de la isla Tocupia no son kanakas ni malayos polinesios ordinarios, sino que difieren por completo del aspecto de sus vecinos. Los individuos de la expedición del "Mohawk," creen que se trata de un fragmento de la raza primitiva que en otro tiempo habitaba la Polinesia, y probablemente la isla de Pascua, y que, por su índole dulce, fué exterminada por los negritos y los malayos. Considerase probable que fueran de origen asiático y tal vez aliada á la de los carolinos, que, como es sabido, ensanchan también de una manera exagerada los agujeros que se hacen en los lóbulos de las orejas.

Así se explicaría perfectamente el paso de la civilización de América á Asia ó de Asia á América, porque las islas de Pascua, Pitcairn y Tocupia (no lejana esta última de las islas Salomón, y, por lo tanto, de la Nueva Guinea y de las Carolinas) forman una cadena, de remotos eslabones, pero cadena al fin, que va de América á Asia ó de Asia á América, y que, pasando por el Mediodía de Chi-

El hombre más viejo DEL MUNDO

El ser humano que mayor vida
vivió en el mundo, á cuatro mil
años de edad más á la sazón que
nuestro mundo en este tiempo, vivió en la
montaña de Denton, en India, y
sus restos se hallaron en el año
1844.



LA RAZA MISTERIOSA

na ó por el Indostán, ya á parar precisamente á las regiones asiáticas, cuyos monumentos ofrecen mayor parecido con los de la antigua civilización asiática. Si tales presunciones son ciertas, quedará poca duda de que América, en los tiempos antiguos, no comunicó con el viejo continente por el estrecho de Behring, sino que lo hizo por el Pacífico, gracias á la valentía y habilidad de los navegantes de la Polinesia. De que la relación existió, no hay duda alguna, y si la hubiera, la desvanecería la semejanza notable que existe entre los monumentos mexicanos y algunos asiáticos, sobre todo los del Cambodge, sin contar con que en América, como en algunos países de Asia, de los de más remota civilización, se rendía culto al sol.

Esqueleto de un Gigante

Cerca de Starrucca, Pensilvania, una comisión de arqueólogos americanos que extraían el esqueleto fósil de un mastodonte, hallaron también una sepultura de piedra con el esqueleto de un hombre de gigantesca estatura; las pisadas que había en los alrededores, conservadas en la tierra, medían diecinueve pulgadas de largo, lo que parece demostrar la exactitud de las tradiciones indias, que cuentan hubo una raza de gigantes en la época en que la Biblia diceñó había sido creado el mundo. Toscos grabados del sepulcro citado, representaban especes de animales que hace miles de siglos desaparecieron de la tierra.

50

Una traducción americana
consignada en los primitivos
trilobadores de América
puede también ayudarnos
a comprobar la existencia de
la Abatida y es esta:

Examinando y discutiendo Boule el origen
del hombre expresa estas firmes ideas acerca
del lugar preciso de su nacimiento: "La sola
cosa que parece bien establecida por la Paleon-
tología, es que a partir de los estadios del todo
primitivos, estadios Lemurianos o platinomi-
nos, esta evolución no ha podido efectuarse
ni en la América del Norte, de donde todos los
Primates parece desaparecer desde el Eoceno su-
perior, ni en la América del Sur, en donde la
rama de los Platinominos a reinado exclusivam-
ente. En el Antiguo Mundo es en donde
se ha de buscar la cuna de la Humanidad.
"Chapelle-aux-Saints"
1913; pag. 269.

51

Los pueblos que habitaban las +
islas del golfo de México, en la
época del descubrimiento de América,
sabían por narración de sus antepa-
sados que todas las Antillas grandes
y pequeñas, habrían, formado en lejanos
tiempos, parte del continente ame-
ricano y del cual se desprendieron
a causa de tempestades y temblores de
tierra que en épocas, también le-
janas habrían sucedido. Una le-
yenda haitiana, conservada por

los escritores contemporáneos de Co-
lon, relata el origen de esas y de sus
islas, de este modo:

"Existió, decían ellos, un hombre
poderoso llamado Taia, el cual ha-
biendo matado al mismo tiempo que he-
nía queso inhumerlo, más no sa-
biendo en que donde hacerlo, lo en-
teró en una gran calabaza la
cual depositó al pie de una alta
montaña, situada a poca distan-
cia del lugar que él habitaba;
iba de allí, frecuentemente

52

a verlo por el amor que le tenía. 3.
Uno de tantos días abrió la calabaza
y salieron de ella Ballenas y otros pe-
ces muy grandes, espantado de lo cual
Iaia, volvió a cerrarla y regreso a
su casa relatando a sus vecinos lo
que le había acontecido y diciendo q.
la calabaza estaba rehenchida de agua
y peces sin número. Esta noticia se
divulgó y entonces cuatro herma-
nos, ganosos de comer pescado fué-
ron a registrar la calabaza mas

al tomarla entre sus manos 4
para abrirla, llegó Iaia, y al verlo,
temerosos de que les reclamara, deja-
ron caerla al suelo. La calabaza se
rompió a causa de las cosas pesa-
das que ella guardaba, entonces la
mar salió por las resquebrajaduras.
y toda la planicie que se extendía a
los lejos, sin termino por ningun la-
do, se cubrió de agua, quedó sumer-
jida: quedaron visibles solamente
las montañas a causa de su al-
tura salvándose de esta grande i-

59.
inundación, y por ellos los esteños, 5
creen que estas montañas son las
islas y las otras partes de la tierra
que se ven en el mundo" (Brasseur
según la Relación de l hermano Roman
Pane). (Taiia, proproiè Cyiaia; tierra?)

Los habitantes de l golfo de Paria, cuan-
do los visitó Colón en su 3^{er} viaje, le
refirieron que una gran catástrofe había
roto sus tierras dando entrada a las
aguas del Océano no.

6
Los Caribes sabían, también
por tradición que una gran inunda-
ción había formado los morros,
las costas, escarpas, escollos
que se ven en las Antillas, al
separarse de la tierra firme
En un códice guateco, en
jeroglificos mayas se señala
la época de ese cataclismo
bajo el nombre de Hun-ye-
ci cuyo sig- nificado es

"submersión de los bosques" 7
 aludiendo a las tierras que des-
 parecieron entre Yucatan y la
 isla de Cuba. Los estudios geo-
 logicos que del suelo de Yucatan
 se han demostrado que esta parte
 al nor-oeste del mismo es
 esta formado es un crusta forma-
 cion fossil, y que en una época
 debe haber estado cubierta por
 las aguas del mar. En consecuencia

cuencia, segun ello, esta parte 8
 de la península se habra elevado,
 ala vez que el Oceano se hundia
 las tierras que en otro tiempo
 la ligaban a las Antillas.

55
Para herminar ve-
mos como el tan popu-
lar novecenta Julio Verne
cuyas especulaciones creati-
vas se han elevado al
rango de verdaderas pro-
fecías se expresen de la
siguiente en la 2^a
pto. de las "Vieilles et
leguas de vase subma-
rino."

EL ORIGEN DE LOS INDIOS
AMERICANOS.

POR ALES HARDLICKA

19

Versión castellana para el Departamento de antropología del Museo N. de Arqueología, etc., de México.

~~LA~~ GENESIS DE LOS
INDIOS AMERICANOS.
C
POR ALES HRDLIKA.

El problema más importante de la antropología americana es el del origen de los indios, quienes cuando los hombres blancos les vieron por primera vez, ya estaban extendidos en todo el continente americano, lo mismo que en todas sus islas habitables.

Sin discutir ninguna de las teorías relacionadas con esta materia, penetraremos directamente en las varias cuestiones en las que se resuelve el problema mismo. La primera de éstas es la de la unidad o pluralidad de la raza india. Sabemos que la población aborigen de América estaba dividida en muchísimas tribus, y aun a extensísimo número de esta población podría aplicárseles el dictado de naciones, frecuentemente hostiles entre sí; ~~hemos aprendido~~ ^{sabemos} que había muchos y muy diferentes idiomas y dialectos; notables diferencias de civilización, y resultados materiales de la misma, así como también marcadas diferencias en la fisonomía, color, detalles de apariencia física y de modo de funcionar en los diferentes grupos de indios: todo lo cual parecería indicar que podría haber existido cierta, aunque no muy considerable, diversidad racial.

Pero si se sugetan estos asuntos a un escrutinio escrupuloso y comprensivo, encontramos que las varias diferencias presentadas por los indios son muy a menudo más aparentes que reales; que las actuales e importantes diferencias no llegan a ser, en ningún caso, de suficiente peso para permitir ninguna -

disociación racial en esa base; y que las diferencias más substanciales existentes entre las tribus están en dondequiera subordinadas a similares ^{redadas} ~~formas~~ e identidades fundamentales preponderantes que hablan elocuentemente, no sólo contra alguna pluralidad de raza en el continente americano, sino en favor de la general unidad de los indios.

Así, vemos que los idiomas de los indios, aunque no sea raro que difieran en fonética, en vocabulario y hasta en estructura, pertenecen, sin embargo a una clase fundamental - la-polisintética-y presentan otras importantes semejanzas en la complejidad de su gramática, ideas de género, formación de numerales, modos de pluralidad, formación y presentación de prefijos y subfijos, valores relativos del pronombre, diferencias dialécticas ^{a les} en ambos sexos, etc., lo que, considerado en conjunto, habla en favor de un único y común origen (aunque sin duda antiguo y probablemente extraamericano.)

De la misma manera encontramos que, no obstante diferencias locales de detalle, más o menos pronunciadas, hay en todas las tribus pruebas sólidamente cimentadas y [~]significativas de una civilización común. Se las encuentra en la técnica para trabajar en piedra, arcilla, madera y hueso; en las obras de tejido ^{artefactor} y de cestería; en los métodos para producir el fuego; en la indumentaria y en el mobiliario doméstico; en agricultura; en los juegos; en todo lo que se refiere a medicina, religión, concepciones de la naturaleza; en el folklore; en la organización social; en los usos ^{para} de la guerra; y en otras muchas fases importantes e íntimas de la vida india.

Avanzando algo más, encontramos semejanzas esenciales en las aficiones y procederes de los indios, en toda la exten-

ción de ambos continentes. El que llegue a familiarizarse con la mentalidad de los aborígenes de cualquiera región, ya de Norte ya de Sudamérica, encontrará, al eliminar peculiaridades del medio ambiente local, fieles duplicados en todas las demás regiones; y el modo de proceder del indio es enteramente el mismo en dondequiera, en sus relaciones familiares y gentílicas, en la educación de la juventud, en todas sus funciones.

La constitución de los indios, empleando el término en su moderna acepción médica, es también enteramente la misma en ambos continentes. En dondequiera ~~es~~ rápidamente ^{se} ~~afecta~~ ^{afecta} y se rinde, como fácil presa del alcohol; ~~es~~ físicamente ^{es} resistente, sin ser en la actualidad excepcionalmente fuerte; es poco propenso a ~~ser afectado por varias~~ enfermedades degenerantes ^{tivas} y complexionales, tales como el cretinismo, la raquitis, el cáncer, la locura, etc., pero en dondequiera lo es rápidamente por la tuberculosis, tracoma, sarampión, viruelas e infecciones sexuales.

Por último, aunque no menos dignas de notarse, hay radicales semejanzas e indentidades del cuerpo y del esqueleto. Algunos de estos rasgos son;

1.- El color del indio difiere, según las localidades y hábitos, desde el amarillento oscuro hasta al de chocolate ^{en tablilla} sólido; pero el ~~color~~ fundamental es el moreno moderado o, más correctamente, moreno amarillento (^{cobrizo} trigueño).

2.- El cabello, por regla general, es negro (hasta el negro rojizo, según la exposición); es grueso o ^{mediano,} medio grueso, sin ser nunca fino; es lacio, excepto en los viejos o en los desgrefiados, en los que puede tener cierta leve ondulación irregular y, en los hombres que usan el cabello largo, ^{as} los ^{waber} extremos libres pueden mostrar cierta tendencia a rizarse hacia arriba. La barba es rala y generalmente falta a uno y otro ^{lado} del rostro y nunca es larga. En el cuerpo no hay vello, excepto un poco en las axilas y en el pubis, aunque allí está, ^{por lo general,} usualmente muy esparcido.

3.- El indio está ^{no tiene} generalmente libre del olor ~~característico~~ especial, apreciable ^{por} en el hombre blanco. El latido ^{su} corazón es lento. Sus otras funciones son en ~~dondequiera~~ ^{dondequiera} uniformes. El tamaño de la cabeza y de la cavidad cerebral aun cuando difiere considerablemente en los individuos y también hasta cierto punto con la estatura media de las tribus ~~de un promedio, en conjunto,~~ ^{de un promedio, en conjunto,} ligenamente inferior al de los hombres y mujeres blancos, de parecida estatura.

4.- Los ojos son generalmente desde muy oscuros hasta medianamente castaños, con la conjuntiva ^{franca} ~~decididamente~~ ^{franca} da, en los niños y en los adolescentes, ~~x~~ de un blanco ^{per} en personas de mayor edad y ^{amarillento} ^{sucio} en los adultos. ^{aberturas palpebrales} Las hendiduras ^{oculares} muestran una tendencia ^{proclive} ~~proclive~~ más o menos notable, en diferentes tribus, a un leve o moderado sesgo hacia arriba; es decir, ^{ángulo externo} el ~~rábulo~~ ^{ángulo externo} del ojo es frecuentemente más alto que el ^{del} ~~lacrimal.~~ ^{interno.}

5.- El caballete nasal es, desde moderado hasta ^{pe} ~~pe~~ ^{pe} tamente arqueado; la nariz está a menudo fuertemente desarrollada en los ^{varones} machos y a veces es de forma convexa (" aquí pero es más baja, más corta y más comúnmente recta, y hasta cava en las hembras; nunca es muy remangada, ni tan fina y delicada como en los blancos, así como tampoco tan ancha y pesada como la de los negros; y sus proporciones relativas en vivos, lo mismo que en el cráneo (excepción hecha de algunos individuos y de algunas tribus localizadas) son generalmente medias o mesorrhínicas. Las regiones ~~maxilares~~ ^{maxilares} son comúnmente bien abultadas o prominentes. Las fosas suborbitales o carinas son, en general, mas superficiales que en los blancos.

6.- La boca es generalmente grande de un extremo

y lo mismo debe decirse del paladar. Los labios por lo regular en su parte media son algo más carnosos que los de los blancos, nunca más delgados (excepto cuando se han perdido los dientes del frente y en caso de absorción alveolar), nunca tan gruesos como los de los negros; En la región facial inferior se ostenta en general un grado medio de prognatismo, que se fija, como las relativas proporciones de la nariz, aproximadamente como intermedio entre el característico de los blancos y de los negros; aunque generalmente se aproxima más al blanco. La barbilla está bien desarrollada, aunque por término medio es más prominente que en los blancos, y es raro que sea cuadrada. Toda la mandíbula inferior es proporcionalmente algo más grande que la de los blancos. Los dientes son de medianas dimensiones cuando se los compara con los del hombre primitivo en general, pero muy a menudo son perceptiblemente más anchos, si la comparación se hace con los de los europeos o americanos blancos civilizados; los incisivos superiores del indio presentan enteramente, con raras excepciones iguales, un rasgo esencialmente importante: son ^{por} en el interior *cara lingual* lingualmente, característicamente en forma de pala, es decir profunda y peculiarmente cóncavos, con un marcado cingular y las orejas son más bien grandes.

7.- El cuello es por lo regular de una longitud moderada, y nunca delgado, en estado de salud; el pecho ^a algo más deprimido que el del promedio de los blancos; los brazos de las mujeres son de medianas dimensiones o algo más que los de los hombres, y a menudo de forma más o menos cónica. En las ^{mujer} ~~hombres~~ la desproporción entre la región pélvica y los hombros es menor que en los blancos. Hay una completa ausencia de este

gía, y - la curva lumbar es moderada. Las piernas son algo menos simétricas y generalmente menos ^{gruesas} ~~anplias~~ que las de los blancos; la pantorrilla es moderada en la mayoría, menos que en el promedio de los blancos o de los negros.

8.-Las manos y los pies, por regla general, son relativamente de moderadas dimensiones, y lo que constituye uno de los rasgos más importantes peculiares entre los indios, es el de que las relativas proporciones entre sus antebrazos con los brazos, y las de las partes de las piernas distantes del centro con las próximas (o, en el esqueleto, los índices radiohumeral y tibiofemural), son en general, en todas las partes del continente, de un valor medio similar, en lo que difiere tanto de los blancos como de los negros, manteniéndose en una posición intermedia.

9.- En el esqueleto indio, desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego, fuera de las características hasta aquí mencionadas, se encuentran aquellas que, punto por punto de la importante semejanza o identidad, señalan inequívocamente a las muchas y distintas tribus como descendientes de un único y mismo grupo de humanidad o raza, y sirven para distinguirlas de otras razas, excepto aquellas con las que tienen un común origen prehistórico. Tales rasgos incluyen, fuera de los relativos al cráneo, trazos tan altamente distintivos como el platibraquio del húmero, ^{la} el platimeria del fémur, y la frecuente plactinemia de la tibia; la alta frecuencia de perforación del septo, en el húmero; la gran rareza de proceso supracondiloide en cualquiera forma, y otras condiciones. Hay muchas diferencias de tribu o locales en este respecto, pero en conjunto la ^{itud} similaridad de las partes esqueléticas en todo el continente es tal, que se hace enteramente imposible una clasificación de los indios en más de una

raza.

Tomando en consideración todos los hechos anteriores y teniendo presente que cualesquiera diferencias que pudiesen observarse en los indios, en alguna dirección, son iguales total mente, si no exceden, a las de otros grandes y fundamentales grupos únicos de humanidad, tales como los blancos, los amari llos asiáticos y otros, podemos llegar a una única y posible conclusión; la de que los indios, en todo el continente ameri- cano, no representan sino una clase o linaje de humanidad, una raza, y que sus variaciones son fluctuaciones y desenvolvimien tos intrarraciales, de origen más o menos remoto, tal vez preame ricano. Estas variaciones, en algunos casos, pueden constituir subtipos o subrazas, pero no van más allá; y aun en tales grup os más especializados la mayoría de las características, tanto físicas como fisiológicas, están íntimamente relacionadas e con las del resto de los indios.

Habiendo llegado a la importante conclusión de la unidad fundamental de la raza americana, podemos ahora abordar la segunda gran cuestión, cual es la de la antigüedad de la ra- za en este continenete. Puede llegarse a la solución de esta par te de nuestro problema por dos caminos: (a) por el razonamien to crítico y (b) por pruebas materiales:

(a) ¿ Es ^{posible y factible} factible considerar ~~posiblemente~~ a los indios como verdaderos autóctonos de América? En otros términos: ¿ pudieron haber sido resultado ^{ante} de la evolución de formas inferiores de este continente? Ha habido quienes (incluyendo entre éstos a hombres de ciencia tales como Morton y más recientemente Ameghino) se han visto inclinados a adoptar esta opinión o la han proclamado actualmente. Mas dado el estado actual de nuestros abertamente

conocimientos, es sumamente fácil ~~disparar~~ ^{disparar} esta hipótesis. Los antropólogos de hoy saben definitivamente que el hombre es producto de la evolución de primates inferiores: hay abundante material de comprobación a este efecto, sin tener en cuenta otras consideraciones. Estos primates deben naturalmente haberse aproximado al hombre en todo género de importantes regpectos, condición que pudo haberse realizado únicamente por medio de monos antropoides avanzados; pero ninguna de estas formas ha existido nunca en ninguna parte ^{alguna} de América. Hubo en este continente lémures del Eoceno y Oligoceno y pequeños monos, y últimamente los ordinarios monos australianos, pero ^{ninguna} ~~nada~~ de la clase del tipo más ^{elevado} ~~avanzado~~ que se ^{hubiera} ~~incluyera~~, posiblemente, como probable ancestro ^{cercano} ~~próximo~~ del hombre. Basta ~~efectivamente~~ ^{es} este solo hecho ^{es bastante} ~~para~~ ^{rechazar el} ~~disponer de un~~ origen americano ~~para~~ el indio.

Pero hay otras pruebas lógicas y decisivas de que tal origen fue imposible. No mencionaré sino dos:

1.- En primer lugar, los indios, no obstante sus diversas características especiales, son, considerados en conjunto, ni más ni menos como el resto de la humanidad en sus rasgos más importantes; de ^{manera} ~~suerte~~ que si se aceptara la opinión de que son originarios de América, nos veríamos obligados a ^{deducir} ~~concluir~~ que toda la humanidad es originaria también de América: teoría que se ha defendido ^{ha poco tiempo} ~~actualmente~~, pero que en la época presente sería ^{segura} ~~probablemente~~ monstruosa, aun para aquellos que por otra parte estuviesen dispuestos a creer en ~~el~~ origen americano de los indios. Porque es bien sabido que todas las especies que se acercan al hombre o se le han acercado, viven o vivían en regiones del Viejo Mundo, y que las formas primitivas de la humanidad, conocidas, pertenecen igualmente al Viejo Mundo. Es ^{en} ~~de~~ las regiones

más cálida del Viejo Mundo a donde acudimos para investigar el origen del hombre, considerando que el resto del globo pudo haber sido poblado únicamente por gradual dispersión de la humanidad, o de formas que eventualmente ^{la} condujeran a la ~~humanidad~~, desde estos centros de desarrollo.

2.- En segundo lugar, sabemos que la forma primigenia y culturalmente muy primitiva de la humanidad se había extendido en la parte central de la Europa occidental, algo así como a mediados de la Época Cuaternaria o Glacial, y en ^{vano} ~~varios~~ intentaríamos buscar un modo factible de traer a tal ser primitivo de esa época, desde América, a lo que ahora es la Alemania sudoccidental, Bélgica, Francia, España e Inglaterra.

Sin embargo, todos estos razonamientos forzosamente quedarían destruidos si, como ha sucedido ^{en el transcurso} ~~dentro de algunas~~ de las últimas décadas, se hubieran descubierto en el continente americano ^{indubitables} restos esqueléticos o culturales del hombre geológicamente antiguo. Como podría esperarse, ^{con} dado el gran interés que tales restos han despertado ^{por} los descubrimientos europeos, dada la credulidad humana y especialmente la general inclinación de espíritus ^{hueso} ~~menos~~ disciplinados o ~~educados~~, hacia lo maravilloso, con sus ^{enanos} ~~trágicos~~, gigantes y seres dotados de una potencia misteriosa o de gran antigüedad; así como también del resultado de múltiples posibilidades de inclusión accidental de artefactos o restos humanos en antiguos estratos, la rápida fosilización ocasional de huesos humanos, y una posible mezcla de tales huesos u otros vestigios del hombre con huesos de antiguos animales; dado todo esto, no hay necesidad de que se exijan descubrimientos de esqueletos u otros restos del hombre primitivo americano ^{como} ~~repeti~~ das veces se han anunciado tales descubrimientos, tanto en la América del Norte

como en la del Sur, y ^{dando} han dado origen a vasta especulación. Sin embargo, al sometérselos a un completa ^{investigación} ~~escudriñamiento~~ científico, la antigüedad de la mayoría de los hallazgos sobre los cuales hubo de ^{basarse} ~~constituirse~~ la antigüedad del hombre en América, se han eliminado como prueba, y los que restan se apoyan en testimonios tan deficientes que ^{en} ~~de~~ esto no puede basarse ninguna conclusión legítimamente cronológica. Considerando ^{esto} imparcialmente, las probabilidades están más bien en contra que ~~en~~ pro de una gran antigüedad. Así, pues, hasta donde concierne a la antropología física, ^{el asunto} la materia toda puede compendiarse en la afirmación de que, ^{no obstante} ~~en tanto~~ que poseemos numerosas, y en muchos casos grandes, colecciones antropológicas de este continente, y ^{también} ~~en tanto~~ que han sido exploradas cuidadosamente muchas antiguas cuevas, guaridas roqueñas y otros sitios, algunos de los cuales han ^{mostrado} ~~producido~~ restos de animales cuaternarios o primitivos, no han llegado a encontrarse ni a registrarse hasta la fecha ningún hueso humano americano, cuya antigüedad geológica pudiera considerarse fuera de toda duda. ~~Nos es imposible~~ ^{nos es} ~~presentar~~, aun cuando razonablemente pudiera esperarse, ningunos ejemplares que pudieran ~~demostrablemente~~ ser comparados, en antigüedad, por ejemplo, con los egipcios predinásticos.

Por consiguiente, si consideramos la cuestión desde el punto de vista actual, aun cuando nos inclináramos a ^e ~~ac~~ptar la gran antigüedad del hombre en este continente (para cuya ^{idea} ~~noción~~, sin embargo, no hay campo propicio), sería vano empeño que buscáramos alguna prueba material en apoyo de esta teoría. De seguro que no nos será posible recurrir a opiniones personales de aquellos autores que, basándose en creencias religiosas, inclinación peculiar del temperamento, en ajenos prejuicios

o en imperfectas observaciones, han abogado, y en algunos casos abogan todavía, en pro de la presencia del hombre en estas regiones en tiempos mucho muy anteriores al período reciente o hasta el Glacial. Queda en pie el razonamiento de que si la cuna del hombre hubiera sido América y desde allí se hubiese esparcido en otros continentes, ya en esta época deberíamos haber encontrado alguna prueba, por lo menos la de su antigüedad local, prueba que podría ser aceptada libremente por todos nosotros, como acontece con las múltiples que nos presentan las reliquias del hombre primitivo europeo. En caso de no haber tal prueba, o por lo menos alguna ^{dato} satisfactorio para los eruditos en la materia, que concienzudamente la aceptaran, de seguro no estamos autorizados, en la época actual, para aceptar la teoría de ninguna antigüedad geológica de la raza americana.

Habiendo llegado a las únicas conclusiones posibles ^{en} de las dos importantes cuestiones que acabamos de considerar, a saber, la de que los aborígenes americanos representan una raza única, y la de que la presencia de esta raza en este continente no queda ^{esta} demostrada por su antigüedad geológica, llegamos a la tercera, última y compleja cuestión, cual es la del problema que comprende la genesis u ~~origen~~ de los indios americanos: si de dónde, cuándo y cómo de su ocupación del Nuevo Mundo.

Considerando los medios primitivos de transporte del hombre prehistórico, creo que habrá de convenirse en que únicamente pudo haber llegado de las partes del Viejo Mundo más cercanas a América. Estas porciones son la parte occidental del Africa septentrional, y particularmente las partes nororientales de Asia; ya que la geología nos ^{presenta} muestra que no había tierras más próximas u otras que tal vez pusieran en conexión la tierra asiá

tico-americana, dentro del período que se le puede asignar a la existencia del hombre.

Sin embargo, entre Africa y Sudamérica, en las partes que más se aproximan, hay casi 2.000 millas de distancia, y la separación entre los puntos más cercanos entre Norteamérica y Europa es todavía mucho mayor. No es en manera alguna probable, digámoslo de una vez, ^{que se} llegara al continente americano por ninguna de estas dos direcciones, ^{deber haberse} a no ser en los tiempos históricos, después que ^{se} hubo desarrollado suficientemente los medios de navegación; y esta probabilidad sería igualmente cierta si ^{se} él hubiera llegado por la vía de Islandia ^o de Groenlandia, porque aun allí los estrechos oceánicos son muy considerables.

Pero, volviendo al continente asiático, no encontramos tan insuperables dificultades. Unicamente treinta ^{se} millas separan a ambos continentes ^{hor} en el estrecho de Bering, y en tiempo sereno la tierra es visible desde las colinas del Cabo Este. Parece que al norte del estrecho de Bering existió hasta tiempos relativamente recientes la ^{unión} actual ~~conexión~~ sobre la cual muchos animales llegaron al Nuevo Mundo, y que pudo haber servido como puente directo para el hombre; pero todavía no se ha tenido una prueba precisa sobre este punto. Sin embargo, el mar de Bering mismo pudo haber sido cruzado por la vía de la isla de San Lorenzo o más al sur. Y dos millas mucho más al sur está la larga ⁿ cadena ~~cadena~~ semilunar de los Aleutianos, que se prolonga hasta ^{dentro} dentro de 400 millas de Kamchatka, y aun a esta distancia se divide en mitades por las ^{mander} islas del Comand. Es cierto que el mar es borrascoso en esos lugares, y prevalecen las brumas, pero por lo que sabemos de las proezas de navegación ^{Veradas a cabo} por los aborígenes de las costas, en botes de piel, en tiempos recientes,

cae dentro del límite de la posibilidad el ^{dominio} ~~venimiento~~ de estas ^{dificultades} ~~condiciones~~, así como la de que la distancia ^{la} hubiese sido recorrido ^{los} por hombres de los tiempos primitivos. Aquí, pues, tenemos varias rutas practicables por las cuales los asiáticos pudieron haber arribado a América, y su presencia, con la ausencia de otras rutas ^{análogas} ~~semejantes~~ en cualquiera otra región, constituye un fuerte apoyo a la opinión de que eventualmente los aborígenes americanos arribaron a este continente desde el noroeste del Asia.

Vengamos ahora a la prueba racial. Hemos pasado breve revista a las principales características físicas y fisiológicas que distinguen a los aborígenes americanos.

¿ En qué parte del Viejo mundo hay o había algún pueblo que se aproximara más estrechamente a este tipo?.

Seguramente no era en África, porque hay poco de común entre el negro y el indio. Tampoco en la Europa histórica que, durante ese tiempo, exceptuando contadísimas incursiones asiáticas, estaba únicamente poblada por la raza blanca. Por el contrario, si volvemos a Asia ^{nuestros ojos} vemos grandes regiones de Siberia y de la costa oriental del continente, incluyendo gran parte de Lamasia y aun de Polinesia, ^{que} estaban y están todavía pobladas por naciones y tribus que difieren más o menos unas de otras, debido a mezcla y a diferenciación local, pero que en conjunto son de un tipo que, en la mayoría de sus ^s rasgos esenciales, es ~~adéntido~~ ^c y en otros muy aproximado al de los indios. Este tipo persiste hoy en día con particular pureza en ciertas partes de la Islas Filipinas (tal como entre los Igorotes), en Formosa, una gran porción del Tíbet, partes de la China occidental, en Mongolia y en ~~muchas~~ partes de Siberia. Puede encontrarsele frecuentemente en la propia China, en Corea

y en el Japón. Es un tipo que se caracteriza por la misma clase de color, así como por las cualidades y peculiaridades de distribución del cabello; por los mismos ojos de un café oscuro con conjuntiva amarillenta y un sesgo más o menos moderado; por la prominencia similar de los pómulos y características de la nariz, lo mismo que de otras partes de la cara; por estrecha semejanza en el cuerpo; y, en adición, por la mentalidad y comportamiento semejantes, con estrechas afinidades en otras funciones, así como por ^{usos} numerosos hábitos y costumbres. La semejanza física entre algunos ^{individuos} miembros de los grupos asiáticos y el promedio de los indios americanos son tales, que si un ^{de ellos,} miembro de una o de otra raza, fueran ^{trasladados} ~~transplantados~~ y su cuerpo, su cabello, vestidos y arreglados como los de la tribu en medio de la cual se le colocara, no sería posible que se le distinguiera físicamente, por los medios a disposición del observador.

No pueden ser fortuitas ^{ellas} tales semejanzas; muestran que el Asia oriental ha estado, y en gran medida lo está todavía, poblada por un tipo de humanidad que, aun cuando no sea más homogéneo que, por ejemplo, el de la raza blanca, se mantiene en conjunto más cerca del tipo de los aborígenes americanos que cualesquiera ^{de los} otros tipos de la humanidad. Dada la estrecha proximidad de ambos continentes, que hubiera permitido el paso de uno a otro de gente aun en un estado de civilización relativamente primitiva, y encontrando que, fuera de inmigrantes y mezclas heterogéneas, las dos regiones están pobladas hasta hoy en día, radicalmente, por el mismo tipo de humanidad, tenemos el argumento más poderoso posible en pro de la unidad de origen de los asiáticos orientales y los indios americanos. Ya que el ~~hombre~~ ^{se} no puede dar por sentado haber tenido ^{el hombre} su origen en América y haber

^{o sea}
 el emigrado al Asia, resta la única conclusión posible de que -
 nuestros aborígenes hubieran derivado del continente asiático
 y deben haber llegado por las rutas del norte, que eran no só-
 lo las más practicables, sí que también las únicas que hubie-
 ran facilitado al hombre arribar al Nuevo Mundo, en las pri-
 mitivas etapas de civilización. Las islas del Pacífico no es-
 tuvieron pobladas sino hasta tiempos relativamente recientes,
 después de la América misma. De aquí que no necesitamos con-
 siderar en relación con esto ~~no~~ a la Europa histórica y a Afri-
 ca. Si algunas partidas de estos isleños hubieran arribado al
 continente americano, pudieron haberlo hecho después de que
 los indios se habían ya extendido y desarrollado en él, y aun
 que tales partidas hubieran podido ~~introducir~~ tal vez unas
 cuantas peculiaridades culturales, no podían afectar material
 mente a la población.

Concediendo, al basarnos en las anteriores conside-
 raciones, que los aborígenes americanos procedieran original-
 mente desde Asia, todavía tenemos que hacer frente a dos impor-
 tantes cuestiones: las del cuándo y el cómo pudo haberse efec-
 tuado esta inmigración.

Respecto del tiempo, no tenemos prueba directa y di-
 ficilmente podemos esperar alguna. Sin embargo, parece que ^{nos} po-
 demos ^{mos} aproximarnos a una solución de tan debatida cuestión,
 valiéndonos más bien de un procedimiento indirecto.

Es evidente a todas luces que antes de que el
 hombre pudiera haber emigrado desde Asia ^{debió} ~~debe~~ haber poblado
 ese continente; debe ^{ría} haberlo poblado en un número relativamente
 considerable, porque únicamente así pudo haber estado en apti-
 tudes de traspasar los límites de tan inmenso territorio. El
 hombre no emigra como los pájaros: se desparrama. Es gregario,

es una criatura de hábitos, uno de los más fuertes de los cuales es la adhesión a su hogar, ya sea éste el limitado sitio de una comunidad sedentaria o el territorio más amplio de una tribu nómada. Se moverá únicamente por compulsión, tal ^{la} ^{cual} que puede ~~ser causada por~~ ^{ocasionarle un} enemigos; por alguna calamidad, o por agotamiento de recursos; o porque se le ofrecen perspectivas de mejoramiento, ^{especialmente} ~~principalmente~~ de clima o alimentación. No cabe suponer que haya arribado a límites más fríos nororientales del Asia antes de haber colonizado o cazado en las partes más cálidas, más ricas y más provechosas de ese continente; y, por supuesto, no pudo haber llegado a América antes de que tuvieran lugar todo esto. Estamos, pues, en aptitud de establecer una línea definida con relación a la época del principio de la población de América: únicamente pudo haberse seguido a la de Asia.

Esto nos conduce al segundo paso de nuestra cuestión, es decir la población del Asia misma, y más particularmente de sus modernas porciones.

Las investigaciones arqueológicas ^{en el} ~~del~~ norte de Asia, incluyendo Japón y China, están todavía en sus principios; no obstante, indican la presencia, sobre un amplio territorio, de muchas reliquias de ocupación humana, en la forma de montículos sepulcrales y de ~~ruinas~~ y otros signos de actividad humana. Se ha reconocido que la mayoría de estas reliquias no son de gran antigüedad, ^{mas datan} ~~datando~~ de los tiempos históricos o del postrer prehistórico; pero hay también montículos más antiguos, restos de cavernas, y sitios de habitación en donde se han dejado únicamente ^{instrumentos} implementos de piedra y hueso, y de primitiva alfarería. Estas últimas reliquias son las primitivas que hasta hoy se hayan descubierto en el norte de Asia, y la civilización

que representan corresponde generalmente a la de partes de la época neolítica de Europa. Lo que ^{se dice} ~~es cierto~~ de la civilización se aplica también a los restos esqueléticos ^{extraídos} de estos sitios: muestra re formas relativamente modernas, muy semejantes a las que existían en el Viejo Mundo durante la edad neolítica. Por consiguiente, no tenemos pruebas, ni aun probabilidades de tenerlas, desde luego que estas porciones del continente asiático no fueron poblados sino hasta un período relativamente reciente. Todo esto conduce a la fuerte presunción de que el principio de la migración a América no ^{se efectuó} ~~tuvo lugar~~ antes de la época del período neolítico europeo que, reduciéndolo a años, vendría a ser ^{como a} ~~entre hace diez mil~~, ~~el~~ ~~comienzo~~ del período histórico, en el Viejo Mundo.

Sin embargo, podría ^{aleg} ~~instarse~~ la ~~pretensión~~ de que tal vez el hombre asiático haya tenido diferente origen del de la población neolítica europea, pudiendo haber llegado a los confines septentrionales de Asia antes de que hubieran poblado la mayoría de Europa la rama o ramas más occidentales de la humanidad. A esto podemos contestar que tal pretensión sería únicamente una hipótesis sin fundamento, ^{sin} ~~en~~ ninguna prueba material. El hombre asiático septentrional de todos los períodos está demasiado cerca del hombre blanco, en cualquier importante respecto, ^{para} ~~para~~ que se le considere como un pariente distante, mucho menos como una especie diferente, como necesariamente lo estaría en caso de tener un origen aparte; y nada hay que ni aun sugiera su presencia en el Asia septentrional, antes de la existencia del hombre neolítico de Europa. Parece mucho más justificable aceptar la opinión de que hubiera derivado del mismo tronco que la población neolítica europea, y que haya poblado el Asia por migración, dirigiéndose por rutas centrales y meridiona

les. Pero concediendo, por respeto al argumento, la suposición enteramente improbable de que él se hubiese desarrollado aparte en o hacia el sur de Asia, todavía tendríamos que suponer que, habiendo llegado a un estado físico y cultural prácticamente idéntico al del más último europeo prehistórico, y habiéndose esparcido en un territorio tan vasto que pudiese haberle abarcado al llegar de Europa o del Asia Menor, y que realmente - afrontara los mayores obstáculos; su advenimiento a los límites noroccidentales del continente asiático no pudo haber sido algo más temprano que como lo sería si hubiese partido desde el oeste y pasado sobre las grandes estepas centrales. Por consiguiente, la suposición de un origen del hombre norasiático y, por consiguiente, del americano, aparte del europeo, no haría al indio algo más antiguo.

La cuestión de una posible inmigración primitiva, preneolítica, a América, desde el noroeste europeo, requiere poca atención. El hombre paleolítico posterior, de Europa, vivió durante las últimas fases y el receso de la última inversión de los hielos, cuando el noroeste de Europa, exceptuando la porción meridional de lo que ahora es Inglaterra, era todavía casi inhabitable o apenas transitable para el hombre primitivo, como acontecía también probablemente con la porción más extensa de la América nororiental. ¿Cómo, pues, podía haber arribado a este continente?. Todavía tenemos en Europa a un habitante más primitivo, el hombre del Neandertal, y ^{clara} ~~manifiestamente~~ nadie hay que pretenda que éste haya arribado a América, ni que los indios hayan sido producto de la evolución del mismo.

Así, pues, desde cualquier ^{punto de vista} ~~aspecto~~ que consideremos la cuestión, el cuándo de la población de América no tie-

ne otra respuesta, a no ser la de una moderada antigüedad, correspondiendo con toda probabilidad a la del europo neolítico

Nos resta la consideración del modo o modos del advenimiento del hombre al Nuevo Mundo, y su subsecuente esparcimiento y multiplicación en este continente. Para ello sería necesario, en primer lugar, desentendernos de toda noción de masas migratorias. Las porciones nororientales del continente asiático nunca fueron a propósito, dentro de la época del hombre, ni para albergar ni para permitir la migración de ningún número considerable de seres humanos, de una sola vez. La única conclusión racional en este respecto parece ser la siguiente: El hombre asiático nororiental, en grupos relativamente pequeños, nómades o seminómades, cazaban y pescaban a lo largo de los ríos y de las costas marinas, viviendo en sus cercanías. Como la caza disminuiera, ya por unas ya por otras causas, el cazador hubo de buscarla, no hacia el sur, en donde indudablemente se habían establecido ya otras tribus, sino mucho más hacia el norte y el este, en la dirección en donde encontrara menor resistencia y mayor abundancia, hasta arribar a los Kuriles, Kamchatka y, posteriormente, a la extremidad nororiental del Asia. Antes de llegar a los límites de la tierra firme, ya se había provisto y estaba experto en el uso de botes capaces de hacer, bajo circunstancias favorables, largos viajes por mar. Alguna partida, pues, con toda probabilidad, fue lanzada o se dirigió hacia el ese, arribando a la cadena aleutiana. Una vez descubiertas estas islas, les sirvieron como puente natural, sobre el cual, en el curso del tiempo, grupos de aborígenes siberianos penetraron a Alaska y al continente americano. O también alguna partida cruzó primeramente por la ruta del es-

trecho de Bering, o ^{unión} posiblemente por alguna tierra de ~~conexión~~ más al norte, en el caso de que tal conexión existiera. Sin duda que andando el tiempo utilizaron todos los medios practicables para ingresar al Nuevo Mundo. Una vez en el continente americano, abundante en piezas de caza y enteramente despoblado, ya no regresaron, a no ser para traer a sus familias y compañeros. Hubieron de continuar cazando, se extendieron y se multiplicaron rápidamente y, bajo tan favorables condiciones, no hubieron de transcurrir muchas centurias sin que poblaran tanto la América del Norte como la del Sur.

En todo caso, cualesquiera que hayan sido las circunstancias de los primeros pobladores del continente americano, puede presumirse con seguridad que únicamente pequeñas partidas fueran las que arribaran al mismo tiempo a la nueva tierra y que no hubo migración de pueblos enteros. Pero no cabe duda que es tos advenimientos se repitieron: las ~~nuevas~~ ^{noticias} de la nueva tierra deben haber llegado a los que se habían quedado atrás, de tal manera que a las primeras partidas debieron seguirse pronto otras, irregularmente con toda probabilidad, y en conjunto lenta, pero indefinidamente. Es también muy verosímil que haya habido hasta varios y repetidos descubrimientos del Nuevo Mundo en diferentes partes de sus límites noroccidentales, y es de suponerse que la inmigración haya continuado desde la época en que las primeras partidas asiáticas penetraran a la nueva tierra, durante los tiempos neolíticos, hasta el período histórico, cuando se encontraban partidas de esquimales que hacían el tráfico a través de la Isla de San Lorenzo y el estrecho de Beringa

Los recién llegados, aunque pertenecientes todos a la

raza dominante, no eran con toda evidencia estrictamente homogéneos sino que representaban varios subtipos distintos del pueblo bronceado, con diferencias en civilización y lenguaje.

El primero de estos subtipos que acudió fué según muchas indicaciones, el indio dólicocefálico, representado actualmente en Norteamérica por los grandes troncos algonquiano, iroqués, siouano y shoshoncano; más al sur por las tribus pima-aztecas y, en Sudamérica, por muchas ramas que se extienden sobre dilatadas regiones de ese continente, desde Venezuela y la costa del Brazil hasta la Tierra del Fuego.

Parece que en seguida llegó lo que Morton ha llamado el tipo " Tolteca", enteramente tan indio como el otro, pero marcado ^{mente} por branquicefalo. Este tipo se estableció a lo largo de la costa noroccidental, en la accidentada región central y oriental, en los estados del Golfo, las Antillas, México (Yucatán inclusive), sobre gran parte de Centroamérica, alcanzando finalmente ^{san} la costa del Perú y otras partes septentrionales de Sudamérica.

Todavía posteriormente, y cuando América estaba ya bien poblada, llegaron, según todas las indicaciones, los esquimales y los indios Athapascanos. Los primeros, al encontrar en el sur resistencias que no pudieron vencer, se radicaron definitivamente en las tierras del norte lejano, extendiéndose, desarrollando varias modificaciones físicas en el medio ambiente que les había separado, en conjunto, mucho más allá de los indios, ^{do} que acontece con cualquiera otra rama de la población cobriza. Los Athapascanos - viril tipo braquicefálico - , aliados por una parte de modo muy estrecho, físicamente, con el tipo mongólico prevalenciente en el Asia nororiental y por otra con los

primitivos braquicéfalos americanos, pueden haber llegado al continente antes que los esquimales. Como quiera que ^{haya} sido, lo cierto es que su marcha hacia el sur debe haber sido ^{la} bloqueada, obligando a la corporación de la extensa tribu a quedarse en Alaska y en el Canadá noroccidental; pero a lo largo de las costas del oeste ciertos contingentes lograron penetrar hasta California, en donde dejaron al Hupa, a Arizona, Nuevo México, Texas y parte del norte de México, en donde se les conoce hoy en día como Lipanes y Apaches.

En resumen, esta parece ser la historia del origen de los indios americanos, según se deriva de las pruebas antropológicas generalmente aceptadas hasta hoy. Todavía quedan muchos puntos oscuros que pueden ser dilucidados por futuras ^{investigaciones} ~~conocimientos~~. La ~~asunto~~ ^{pride} ~~explicaciones~~ ^{señaladas}, especialmente en nuestro Noroeste y, sobre todo, en el Asia oriental.

~~UNITED STATES NATIONAL MUSEUM.~~

~~WASHINGTON. D. C.~~

~~Clisés del fuera del Texto:~~

XIX CONGRESO DE AMERICANISTAS.	Lám. I -	Págs.
" " "	NIÑO KALMUCO	560
	Lám. II - UNA MUJER GILIAK DE	
	SAKHALIN	562
" " "	Lám. III -	

			OROCZI, RIO IMAN, SIBERIA .	
			OROCZI, RIO KONI, SIBERIA	
"	"	"	Lám. IV - Aborigenes Sibe rianos.(El Niño es semiblanco)	564
"	"	"	Lám. V. - DOS MUJERES MONGOLES CON UN NIÑO AL FRENTE DE SU YURTA,	
"	"	"	NORTE DE URGA	564
			Lám. VI - Un HOMBRE BUNUM DE FORMOSA	566
"	"	"	Lám. VII. HOM- BRES BUNUM DE FORMOSA	566
"	"	"	Lám VIII.- MUJER YGORROTA. - FILIPINAS	568.
			Clisés intercalados en el texto.- Fig. 1 Dos Glods de Nijni Mari, Siberia sudoriental.	564

Timeo, que ha sido revestido con los más importantes cargos y las mayores dignidades de su patria, y que en mi opinión ha subido también a la cima de la filosofía? Con respecto a Critias, ¿quién de nosotros ignora que está familiarizado con todos los asuntos de estas conversaciones? En cuanto a Hermócrates, su carácter y su educación hacen que esté al alcance de todas estas cuestiones, y de ello tenemos numerosos testimonios. En esta persuasión accedí ayer con gusto a la súplica que me hicistéis de que hablara del Estado, convencido de que cada uno de vosotros podía, si quería, tomar parte en la discusión. Porque ahora que hemos puesto nuestra república en estado de hacer noblemente la guerra, sólo vosotros, entre todos los hombres de nuestro tiempo, podéis acabar de darle todo lo que la conviene. Ahora que he concluido mi tarea, a vosotros toca llevar al cabo la vuestra. Habéis convenido y concertado obsequiarme con un discurso en cambio del que yo os dirigí y heme aquí pronto y completamente dispuesto a recibir lo que queráis ofrecerme.

HERMOCRATES.

Sin duda, como ha dicho Timeo, mi querido Sócrates, nosotros no buscamos falsos pretextos, ni queremos hacer más que lo que tú exijas. Desde ayer al salir de aquí, aun antes de haber llegado a la casa de Critias, durante todo el camino examinamos de nuevo esta cuestión. Critias nos refirió entonces una historia de los antiguos tiempos. Me pidió, Critias, para que Sócrates vea si se refiere o no a nuestro asunto.

CRITIAS.

Lo haré, si Timeo, nuestro tercer compañero, opina lo mismo.

TIMEO.

Seguramente sí.

CRITIAS.

Escucha, Sócrates, una historia muy singular, pero completamente

verdadera, que refería en otro tiempo el más sabio de los siete sabios, Solón. Era a la vez padre y amigo de mi bisabuelo Dropido (8b) como él mismo lo dice repetidas veces en sus versos (9). Refirió a Critias, mi abuelo, y éste en su ancianidad nos lo repetía, que en otro tiempo habían tenido lugar en esta ciudad (10) grandes y admirables cosas, que habían caído en el olvido por el trascurso de los tiempos y las grandes destrucciones de los hombres, y que entre tales cosas había una más digna de consideración que todas las demás. Quizá recordándola podremos justamente atestiguarle nuestro razonamiento; y celebrar en esta asamblea del pueblo (11) de una manera conveniente a la diosa, como si la cantáremos un himno.

SOCRATES.

Muy bien. Pero ¿qué sucede es éste que Critias contaba, con referencia a Solón, no como una fábula, sino como un hecho de nuestra antigua historia?

CRITIAS.

Voy a referir esta historia, que no es nueva, y que oí a un hombre, que no era joven. Critias, según él mismo lo decía, tocaba entonces en los noventa años, cuando yo apenas contaba diez. Era el día Cureotis de las fiestas Apaturias (12). En la fiesta tomamos parte los que éramos jóvenes, en la forma acostumbrada, y nuestros padres propusieron premios para los que sobresalieran entre nosotros en la declanación de versos. Se recitaron muchos poemas de varios poetas, y como entonces eran nuevas las poesías de Solón, muchos las cantaron. Alguno de nuestra tribu, fuera porque así lo creyese o por que quisiera complacer a Critias, dijo que Solón no sólo le parecía el más sabio de los hombres, sino también el más noble de los poetas. El anciano Critias, me acuerdo bien, se entusiasmó al oír esto, y dijo complacido: "Amyndro, si Solón, en lugar de hacer versos por pasatiempo, se hubiera consagrado seriamente a la poesía como otros muchos;

si hubiera llevado a cabo la obra que trajo de Egipto; si no hubiera tenido precisión de dedicarse a combatir las facciones y los males de toda clase, que encontró aquí a su vuelta; en mi opinión, ni Hesíodo, ni Homero, ni nadie le hubieran superado como poeta.

-¿Y qué obra era esa, Critias? preguntó Amyndro.

-Es la historia del hecho más grande y de más nombradía, que fué realizado por esta ciudad, y cuyo recuerdo, a causa del transcurso del tiempo y de la muerte de sus autores, no ha llegado hasta nosotros.

-Repítenos desde el principio, replicó el otro, lo que contaba Solón, qué tradición era esa, y quién se lo contó como una historia verdadera.

-Hay, dijo Critias, en Egipto, en el Delta, en cuyo extremo divide el Nilo sus aguas, un territorio llamado Saitico, distrito cuya principal ciudad es Sais, patria del rey Amasis (13). Los habitantes honraban como fundador-a de su ciudad a una divinidad, cuyo nombre egipcio es Neith, y el nombre heleno, si se les ha de dar crédito, es Ate nea (14); aman mucho a los Atenienses y pretenden en cierto modo pertenecer a la misma nación. Solón decía que cuando llegó a aquel país, había sido acogido perfectamente; que había interrogado sobre las antigüedades a los sacerdotes más versados en esta ciencia; y que había visto que ni él ni nadie, entre los helenos, sabía, por decirlo así, ni una sola palabra de estas cosas. Un día, queriendo comprometer a los sacerdotes a que se explicaran sobre las antigüedades, Solón se propuso hablar de todo lo que nosotros conocemos como más antiguo, de Coroneo, llamado el primero (15), de Niobe (16), y después del diluvio (17), de Deucalión y Pyrró, con todo lo que a esto se refiere; explicó la genealogía de todos los descendientes de aquéllos, y ensayó, computando los años, fijar la fecha de los sucesos. Pero uno de los sacerdotes más ancianos, exclamó: ¡Solón! ¡Solón! vosotros los -

helenos seréis siempre niños: en la Hélade no hay ancianos!- ¿Qué quieres decir con eso, replicó Solón? -Sois niños en cuanto al alma, respondió el sacerdote, porque no poseéis tradiciones remotas ni conocimientos venerables por su antigüedad. He aquí la razón. Mil destrucciones de hombres han tenido lugar y de mil maneras, y se repetirán aún, las mayores por el fuego y el agua, y las menores mediante una -infinidad de causas. Lo que se refiere entre vosotros, de que en otro tiempo Faetonte, hijo de Helios, habiendo uncido el carro de su padre y no pudiendo conservarlo en la misma órbita, abrasó la tierra y pereció él mismo herido del rayo, tiene todas las apariencias de una -fábula; pero lo que es muy cierto e innegable, es que en el espacio que rodea la tierra y en el cielo se realizan grandes revoluciones, y que los objetos, que cubren el globo a largos intervalos, desaparecen en un vasto incendio. En tales circunstancias, los que habitan las montañas y en general los lugares elevados y áridos, sucumben más bien que los que habitan las orillas de los ríos y del mar. Con respecto a nosotros, el Nilo, nuestro constante salvador, nos salvó también de esta calamidad, desbordándose. Cuando, por otra parte, los dioses purificando la tierra por medio de las aguas, la sumergen, los pastores en lo alto de las montañas y sus ganados de toda clase se ven libres de este azote; mientras que los habitantes de vuestras ciudades se ven arrastrados al mar por la corriente de los ríos. Pues bien, en nuestro país, ni entonces ni en ninguna ocasión, las aguas se precipitaron nunca desde las alturas a las campiñas: por el contrario, -manan de las entrañas de la tierra. Por estos motivos, se dice que -entre nosotros es donde se han conservado las más antiguas tradiciones. La verdad es que en todos los países, donde los hombres no tienen precisión de huir por un exceso de agua o por un calor extremado, subsisten siempre en más o en menos, pero siempre en gran número. -Así es que, sea entre vosotros, sea aquí, sea en cualquiera otro país

de nosotros conocido, no hay nada que sea bello, que sea grande y que sea notable en cualquiera materia, que no haya sido consignado desde muy antiguo por escrito, y que no se haya conservado en nuestros templos. Pero entre vosotros y en los demás pueblos, apenas habéis adquirido el uso de las letras y de todas las cosas necesarias de los Estados, cuando terribles lluvias, a ciertos intervalos, caen sobre vosotros como un rayo, y sólo dejan sobrevivir hombres iliteratos y extraños a las musas; de manera que comenzáis de nuevo, y os hacéis niños sin saber nada de los sucesos de este país o del vuestro que se refieran a los tiempos antiguos. Ciertamente esas genealogías que acabas de exponer, Solón, se parecen mucho a cuentos de niños; porque además de que sólo hacéis mención de un solo diluvio, aunque fue precedido por otros muchos, ignoráis que la mejor y la más perfecta raza de hombres ha existido en vuestro país, y que de un solo germen de esta raza que escapó a la destrucción, es a lo que debe vuestra ciudad su origen. Vosotros lo ignoráis, porque los que sobrevivieron, murieron durante muchas generaciones, sin dejar nada por escrito. En efecto, en otro tiempo, mi querido Solón, antes de esta gran destrucción mediante las aguas, esta misma ciudad de Atenas, que vemos hoy día, sobresalía en las cosas de la guerra, y superaba en todo por la sabiduría de sus leyes; y a ella se atribuyen las acciones más grandes y las mejores instituciones de todos los pueblos de la tierra.

Solón, sorprendido y lleno de curiosidad al oír este discurso, decía que había suplicado a los sacerdotes que lo expusieran en todo su desarrollo y con toda exactitud la historia de sus antepasados. A lo que el sacerdote respondió:

"Con mucho gusto, Solón; lo haré, no sólo por respetos a ti y a tu patria, sino sobre todo, en consideración a la diosa, que ha protegido, instruido y engracido vuestra ciudad y la nuestra; la vuestra mil años antes, formándola de una semilla tomada de Gea y de He-

festos, y la nuestra después; y nota que según nuestros libros sagrados, han pasado ocho mil años desde nuestra fundación. Voy a darte a conocer las instituciones que tenían tus conciudadanos de hace nueve mil años, y en cuanto a sus hechos, te referiré los más gloriosos. Con respecto a los detalles, otra vez, cuando tengamos más espacio, te lo contaré todo, minuciosamente, teniendo a la vista los libros sagrados. Compara las leyes de la antigua Atenas con las nuestras, y hallarás que la mayor parte de ellas están hoy en vigor entre nosotros. Por lo pronto, la casta de los sacerdotes está separada de todas las demás; después sigue la de los artesanos, cada uno de los cuales ejerce su profesión sin confundirse con los demás; y a seguida la de los pastores, la de los cazadores y a la de los labradores. La clase de guerreros, ya lo sabes, es también distinta de todas las demás clases; y la ley no permite que se consagren éstos a otros cuidados que los de la guerra. Con respecto a las armas, nosotros hemos sido los primeros pueblos del Asia que hemos usado del broquel y de la lanza, habiendo aprendido su uso de la diosa, que desde un principio nos lo enseñó. En cuanto a la ciencia, ya ves el cuidado que a ella presta la ley desde su origen elevándonos desde el estudio del orden del mundo hasta la adivinación y la medicina, que cuiden de la salud; caminando así de las ciencias divinas a las humanas, y poniéndonos en posesión de todos los conocimientos que se refieren a éstas. Tal es la constitución y tal el orden que la diosa había establecido desde un principio entre vosotros, después de haber escogido al país en que habéis nacido, sabiendo bien que la admirable temperatura de las estaciones produciría en él hombres excelentes para la sabiduría. Amiga de la guerra y de la ciencia la diosa debía escoger, para fundar un Estado, el país más capaz de producir hombres que se pareciesen a ella. Vosotros erais gobernados por estas leyes y por instituciones mejores aún; superabais al resto de los hombres en todo género

de virtud, cual convenía a hijos y discípulos de los dioses.

Entre la multitud de hazañas que honran a vuestra ciudad, que están consignadas en nuestros libros, y que admiramos nosotros, hay una más grande que todas las demás y que revela una virtud extraordinaria. Nuestros libros refieren cómo Atenas destruyó un poderoso ejército, que, partiendo del Océano Atlántico, invadió insolentemente la Europa y el Asia. Entonces se podía atravesar este Océano. Había, en efecto, una isla, situada frente al estrecho que en vuestra lengua llamáis las columnas de Heracles. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban desde allí a las otras islas, y de éstas al Continente, que baña este mar, verdaderamente digno de este nombre. Porque lo que está más acá del estrecho de que hablamos, se parece a un puerto, cuya entrada es estrecha, mientras que lo demás es un verdadero mar y la tierra que la rodea un verdadero continente. Ahora bien, en esta isla Atlántida los reyes habían creado un grande y maravilloso poder que dominaba en la isla entera, así como sobre otras muchas islas y hasta en muchas partes del continente. Además en nuestros países, más acá del estrecho, ellos eran dueños de la Libia, hasta el Egipto, y en la Europa hasta la Eyrrenia. Pues bien; este vasto poder reuniendo todas sus fuerzas, intentó un día someter de un solo arranque nuestro país y el vuestro, y todos los pueblos situados de este lado del estrecho. En tal coyuntura, Solón fue cuando vuestra ciudad hizo brillar, a la faz del mundo entero, su valor y su poder. Ella superaba a todos los pueblos vecinos en magnanimidad y en habilidad en las artes de la guerra; y primero a la cabeza de los helenos, y después sola por la defección de sus aliados, arrojó los mayores peligros, triunfó de los invasores, levantó trofeos, preservó de la esclavitud a los pueblos, que aun no estaban sometidos.

dos, y con respecto a los situados como nosotros, más acá de las columnas de Heracles, a todos les devolvió su libertad. Pero en los tiempos que siguieron a éstos, grandes temblores de tierra dieron lugar a inundaciones; y en un solo día, en una sola fatal noche, la tierra se tragó a todos vuestros guerreros, la isla Atlántida desapareció entre las aguas, y por esta razón hoy no se puede aún recorrer ni explorar este mar, porque se opone a su navegación un insuperable obstáculo, una cantidad de fango que la isla ha depositado en el momento de hundirse en el abismo."

He aquí, Sócrates, en pocas palabras, la historia del viejo Critias, que la había oído a Solón. Cuando hablabas ayer del Estado y de sus ciudadanos, me sorprendía al recordar lo que acabo de decir, pensando en mi interior que por una rara casualidad, sin saberlo ni quererlo, estabas tú de acuerdo en la mayor parte de los puntos con las palabras de Solón; palabras de que no quise daros conocimiento en el acto, esperando a tomarme el tiempo necesario para precisar bien mi recuerdo. Me pareció, pues, oportuno repasarlas primero en mi memoria para después referirlas. Por esta razón, acepté desde luego la tarea que ayer me impusiste, persuadido de que lo esencial en esta clase de conversaciones es ofrecer a nuestros amigos un objeto conforme con sus deseos, y que éste, de que ahora se trata, debe por su naturaleza satisfacer vuestros planes. Así es que ayer al salir de aquí, como ha dicho Hermócrates, yo les referí lo que en aquel acto me vino a la memoria; y después de haberme separado de ellos, reflexionando por la noche, he podido recordar todo lo demás. ¡Qué cierto es que tenemos la maravillosa facultad de acordarnos de lo que aprendimos siendo jóvenes! Lo que oí ayer, no estoy seguro en verdad de recordarlo por entero hoy; pero lo que aprendí hace muchos años, gran chasco llevaría si dejara de recordar la menor cosa. Tenía entonces tanto placer, tanto -

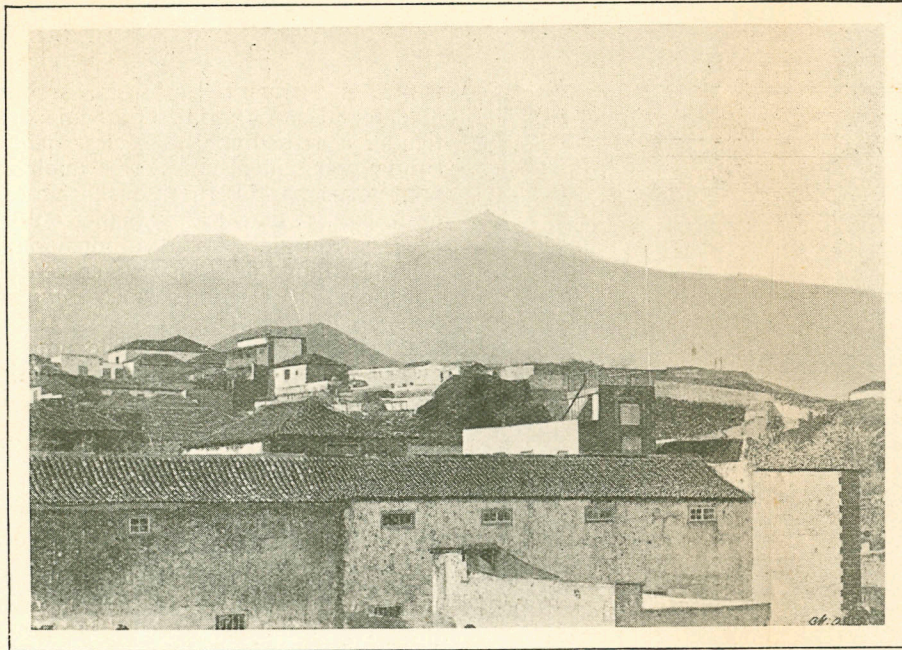
gozo infantil, en oír esta historia al anciano; me instruí con tan decidida voluntad, y respondía con tanto gusto a mis preguntas, que ha quedado grabado en mi memoria con caracteres indelebles. Así que esta mañana ya se la he contado para tener con ellos un objeto de conversación. Así que esta mañana ya se la he contado para tener con ellos un objeto de conversación. Ahora, y este es el punto a que quería venir a parar, estoy dispuesto, Sócrates, a exponer todo esto, no de una manera compendiosa, sino como yo mismo la oí, con todos sus detalles. Transportaremos a la esfera de la realidad los ciudadanos, la ciudad misma, que nos has presentado ayer como una ficción; colocaremos tu ciudad en esta antigua ciudad ateniense, y declararemos que tus ciudadanos, tales como tú los has concebido, son verdaderamente nuestros antepasados, aquéllos de que hablaba el sacerdote. Entre los unos y los otros habrá un acuerdo perfecto, y no nos separaremos de la verdad, diciendo que los ciudadanos de tu república son los atenienses de los antiguos tiempos. Haremos todos un esfuerzo y cuanto nos sea posible para llevar a cabo nuestra tarea. Ahora a ti toca, Sócrates, decidir, si el asunto es oportuno o si es preciso buscar otro.

SOCRATES.

¿Cuál otro, mi querido Critias, podemos preferir, que corresponda mejor al sacrificio que en este día se ofrece a la diosa, sobre todo cuando no se trata de una leyenda sino de una historia verdadera? ¿Dónde y cómo encontrar un objeto mejor si tenemos éste? No hay medio. A vosotros corresponde tomar la palabra bajo tan favorables auspicios; y con respecto a mí, después de mi discurso de ayer, debo a mi vez descansar y prestaros toda mi atención.

CRITIAS.

Observa, Sócrates, de qué manera hemos ordenado el festín hos-



CE QUI RESTE DE L'ATLANTIDE : LES CANARIES (PIC DE TÉNÉRIFFE)

playas
**DES PLAGES DE L'ATLANTIDE
 AUX FALAISES D'IPSWICH**

costas
 Par Alphonse Berget,
 PROFESSEUR A L'INSTITUT OCÉANOGRAPHIQUE

QUEL est l'âge de l'homme ? Y a-t-il vingt mille ans ou vingt mille siècles que notre premier ancêtre apparut sur la Terre ? Telle est l'éternelle énigme que la Science s'efforce de percer... A cet égard, il convient de nous arrêter à deux séries de travaux pré-historiques qui viennent récemment de nous ouvrir sur le passé de l'humanité des horizons entièrement nouveaux : d'une part les recherches poursuivies sur l'hypothétique Atlantide, d'autre part les fouilles exécutées dans les terrains tertiaires d'Ipswich.

Parlons d'abord de l'Atlantide.

Quel nom évocateur de légendes et de mystères ! L'Atlan-



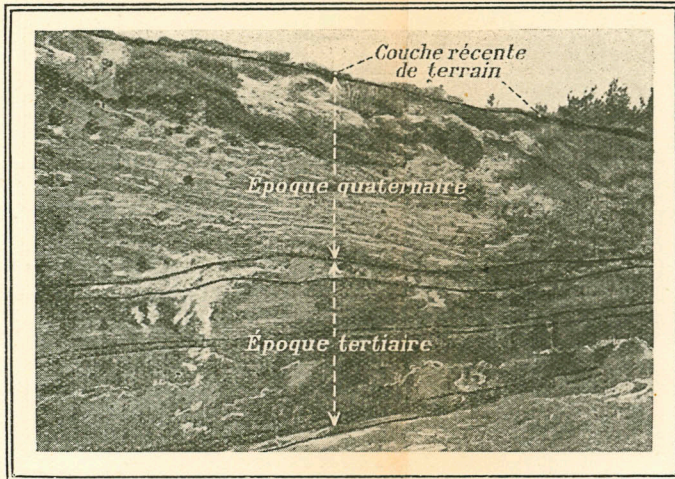
JEAN DE BETHENCOURT DANS L'ATLANTIDE

Un manuscrit du XV^e siècle, auquel nous empruntons cette miniature, raconte comment le hardi français « se partit de la Rochelle pour aller à l'île Lanterote », la Grande Canarie, l'un des derniers vestiges de l'Atlantide

tide de Platon... l'Atlantide de Pierre Benoît !... Le récit des philosophes grecs et le roman, voire le cinéma !

L'Atlantide ! A-t-il jamais existé ailleurs que dans l'imagination des poètes, ce continent énigmatique englouti sous les eaux des mers tropicales ? C'est la question que se posent tous ceux qu'attire l'inconnu du passé de la Terre : historiens, géologues, astronomes, et cette question n'a pas reçu jusqu'ici de solution définitive.

Cependant, voici qu'un des maîtres les plus éminents de la géologie, le professeur Termier, membre de l'Académie des sciences a voulu étudier le problème à la lumière des découvertes contemporaines. Il a fait une synthèse admirable



LA COUPE GÉOLOGIQUE EFFECTUÉE
RÉCEMMENT A IPSWICH

des résultats acquis, et la conclusion de son magistral travail, qu'il a exposé pour la première fois dans une des conférences de l'Institut Océanographique, est que, d'après les données scientifiques que nous pouvons avoir aujourd'hui, *l'Atlantide a dû exister réellement* : le récit de Platon qui parle d'une île située au delà des colonnes d'Hercule (Gibraltar), et qu'un cataclysme effrayant aurait englouti, ne serait donc plus de la légende : il serait une page de l'histoire du Monde.

Le récit de Platon a été commenté et discuté de bien des manières, surtout au cours des quatre derniers siècles, par les savants de toutes les écoles. Les uns, entre autres Humboldt et Malte-Brun, ont nié l'existence de l'Atlantide ; les autres, parmi lesquels Buffon et Tournefort, tenaient pour exact le récit de Platon. Aujourd'hui, le professeur Termier nous donne son avis, basé sur des faits nettement acquis et d'une singulière concordance. Résumons son travail.

L'ATLANTIDE A RÉELLEMENT EXISTÉ

INTERROGEONS d'abord l'*Océanographie* : Cette science toute nouvelle nous apprend que le fond de l'Océan Atlantique, surtout dans sa partie médiane, est une des régions instables du globe. L'Atlantique, en effet, qui a vaguement la forme d'un S, est occupé en son milieu par une longue arête sous-marine, allant du sud au nord, et jalonnée de volcans sur toute sa longueur, depuis l'île Tristan da Cunha au sud, jusqu'à l'île de Jan Mayen au nord, en passant par Sainte-Hélène, l'Ascension, les Canaries, Madère, les Açores, l'Islande. Or, qui dit « volcan » dit effondrement possible. Ne connaissons-nous pas, tout près de nous dans le temps et dans l'espace, des îles effondrées sous l'eau par suite d'éruptions volcaniques, Santorin et l'île Julia dans la Méditerranée, pour ne citer que ces deux là ? Des indices certains et fréquents montrent que l'activité volcanique sous-marine est loin d'être éteinte dans les profondeurs de l'Océan Atlantique, qui est donc, par excellence, une « région à cataclysmes ».

Voilà ce que nous disent les océanographes.

Interrogeons maintenant les géologues.

Ils nous enseignent que, à la fin de l'ère tertiaire, une vaste terre existait, située entre Gibraltar et les Antilles. Et à cette époque elle était déjà « coupée » du continent Européen. Un cataclysme a donc pu l'engloutir et les derniers sommets survi-

vants en seraient les trois Archipels des Açores, de Madère, des Canaries. Ce qui donne un poids particulier à cette hypothèse, c'est que, aux Canaries, on retrouve précisément ces pierres « noires, rouges et blanches » dont nous a parlé Platon, sous forme de laves, toujours noires ou rouges, et de calcaires blancs ou gris-clair !

À son tour, la *zoologie* va nous donner d'autres confirmations. La faune des Canaries, en ce qui concerne les mollusques, contient certaines espèces qui ne vivent qu'en Mauritanie ou aux Antilles.

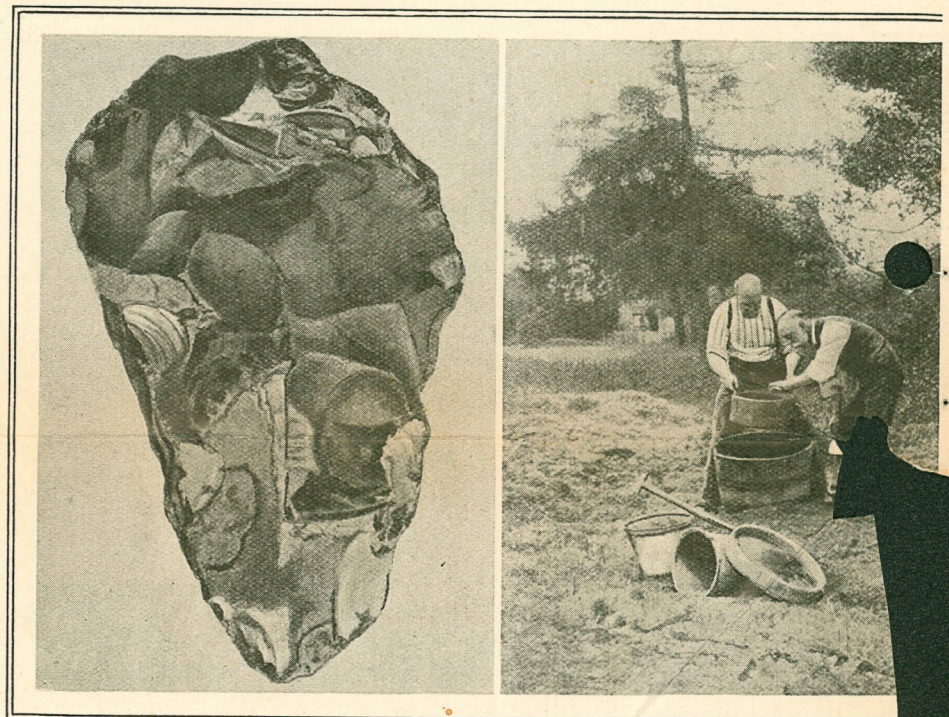
Passons à la *botanique*. Elle nous dit que certaines fougères vivaces que l'on trouve à Ténériffe, se retrouvent également à l'état fossile dans des terrains tertiaires du Portugal ! Cela aussi, n'est-il pas impressionnant ? Et toutes ces raisons que nous apportent les diverses sciences et qui prises isolément, sont déjà probantes, ne forment-elles point, par leur réunion, un faisceau de vraisemblances qui approche visiblement de la certitude ?

La seule question obscure est celle-ci : l'humanité, à l'époque où la catastrophe s'est produite, c'est-à-dire à la fin des temps tertiaires ou au début des temps quaternaires, habitait-elle déjà l'Europe occidentale ? et des hommes ont-ils pu être les témoins de la catastrophe pour en transmettre, par tradition orale, le récit à leurs descendants ?

LES DÉCOUVERTES D'IPSWICH

JUSQU'À ces dernières années, la réponse était impossible à donner avec exactitude : la présence de l'homme n'était certaine qu'à partir de l'ère quaternaire, et l'existence de l'« homme tertiaire » était au nombre des hypothèses pures.

Mais voici qu'une découverte, qu'on peut qualifier de « sensationnelle », vient projeter tout-à-coup sur la question une lumière toute nouvelle. On sait que la région des falaises



LES RECHERCHES PRÉHISTORIQUES

L'une des pierres trouvées à Ipswich est un « coup de poing » avec dis que M. Reid Moir mettait ces curieux silex à jour, en un autre Woodward, Ch. Dawson et J.-L. Williams, découvraient de nouveaux mêmes au crible la terre qui provient de leurs fouilles et qui peut

qui, à droite et à gauche de la Tamise, bordent les rivages de l'Angleterre a, depuis quelques années, attiré tout spécialement l'attention des géologues et des préhistoriens. C'est ainsi que, vers Piltown, trois savants américains, MM. Smith Woodward, Ch. Dawson et Léon Williams, ont entrepris des recherches fort intéressantes dans les couches du quaternaire. Mais c'est plus au Nord, non loin de Cambridge, à Foxhall, à Bramford et surtout à Ipswich que des résultats vraiment remarquables devaient être obtenus, en particulier par Mr. J. Reid Moir, avec l'aide de Mr. Burkitt, de l'Université de Cambridge.

En procédant à des fouilles méthodiques dans les terrains tertiaires d'Ipswich, les deux savants anglais mirent à jour des silex nettement taillés de main d'homme !

Une telle découverte devait naturellement susciter l'enthousiasme... et aussi les discussions. Elle fut soumise aux examens les plus sévères et les plus approfondis. En particulier, on fit appel aux lumières d'un éminent paléontologiste français, l'abbé Breuil, professeur à l'Institut de paléontologie humaine qu'a fondé à Paris le Prince de Monaco. Le savant se rendit sur les lieux, il vit, contrôla, discuta contradictoirement avec MM. Reid Moir et Burkitt et aussi avec les savants les plus autorisés : MM. Capitan, professeur au Collège de France; quatre géologues et paléontologistes belges, MM. Lobest, Fourmarier, Hamal et Fraipont; deux savants de New-York, MM. Mac-Curdy et Nelson, etc. Et les conclusions suivantes se dégagèrent de ces discussions :

Tous les silex trouvés, *inclus à l'intérieur* d'une couche de terrain nettement tertiaire, sont des râcloirs ou des pointes, taillés assez finement sur tout leur bord. Ils attestent donc l'existence d'un outillage déjà relativement perfectionné, et ils marquent un degré d'avancement très net sur les « coups de poing » en silex, plus grossiers et destinés à être tenus à la main.

Les savants ont examiné de toutes les manières possibles



UNE RÉGION RICHE DE PRÉHISTOIRE :
LA FALAISE ANGLAISE

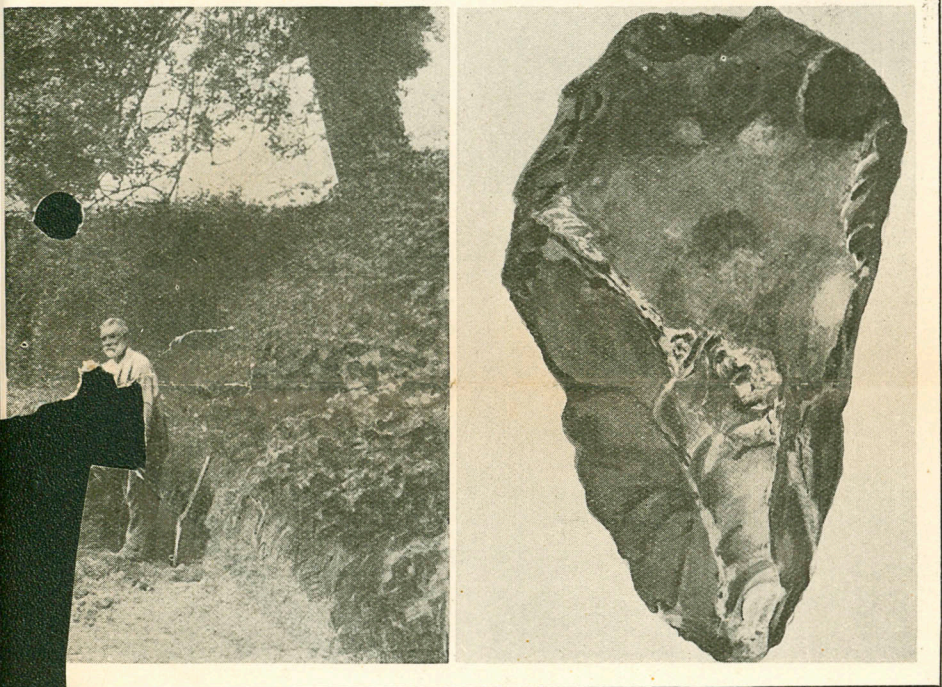
si la présence des silex dans les couches tertiaires d'Ipswich ne pourrait pas s'expliquer par des apports artificiels ou par des actions mécaniques qui auraient imité, sur ces pierres, la taille faite de main d'homme : toutes les objections ont été rejetées, et l'abbé Breuil conclut nettement à l'existence d'une industrie humaine à la fin de l'ère tertiaire.

On est donc en droit de dire que l'homme a vécu dans l'Europe occidentale à l'époque pliocène. Cela fait remonter l'origine de l'humanité, son apparition sur la Terre, à des époques étrangement reculées qui se chiffrent, non plus par centaines, mais par *milliers de siècles* ! Nous faisons ainsi le plus formidable « saut en arrière » qu'il soit possible de faire dans le passé de l'homme... Et ce recul de nos origines n'est pas, après tout, en contradiction avec les récits bibliques dont les évaluations, on le sait, ne représentent point des chiffres précis, mais seulement des *symboles*.

Ainsi des hommes existaient dans l'Europe occidentale au moment où s'est produite la catastrophe qui a englouti l'Atlantide ; ils ont donc pu en être les témoins et en transmettre à leurs descendants le récit plein d'horreur.

Et lorsqu'en 1405, un navigateur français, originaire de Granville, Jean de Béthencourt — dont l'audacieux voyage vers l'Ouest dut certainement contribuer, soixante-dix ans plus tard, à décider Christophe Colomb à tenter le sien — découvrit les îles Canaries, habitées par les « Guanches », ne se trouva-t-il pas là en présence des descendants ultimes des anciens Atlantes ?

En résumé, grâce aux fouilles d'Ipswich comme aux curieux travaux du professeur Termier, nous voyons les origines de l'homme s'éclairer peu à peu. Et déjà nous pouvons affirmer sans crainte que l'Atlantide a existé. A cette place où les eaux bleues promènent leurs majestueuses ondulations sous la perpétuelle caresse des vents alizés, sont peut-être les villes et les trésors submergés des puissants souverains qui régnaient sur les Atlantes. Et, au-dessus de ces ruines cachées par le mouvant linceul des flots, plus rien que la mer, que la mer « ironique et insoucieuse », sous le ciel des tropiques parsemés d'innombrables étoiles... Mais qui sait si ce linceul ne sera pas soulevé quelque jour et ne nous laissera pas connaître encore un peu plus de vérité ?



DANS LES FALAISES D'ANGLETERRE

Les trois faces classiques, visiblement taillées de main d'homme. Tandis qu'on fouille le point de la falaise, à Piltown, trois savants américains, MM. Smith Woodward, Ch. Dawson et Léon Williams, ont entrepris des recherches fort intéressantes dans les couches du quaternaire. On les voit ici passant eux-mêmes à l'examen des « documents » précieux pour la science de nos origines

ALPHONSE BERGET

Cherchez et vous trouverez

Les hérésies volontaires qui sont commises dans les douze planches de notre Concours :

LES ERREURS SCIENTIFIQUES

Si le but de votre Concours des erreurs scientifiques, nous écrit un de nos lecteurs, était de nous distraire tout en nous obligeant à préciser dans notre mémoire certaines découvertes célèbres vous avez pleinement réussi. Mais sous quelle forme et de quelle manière devons-nous indiquer l'erreur sciemment commise dans chacune de vos 12 planches? Le plus simplement du monde, ami lecteur, et comme aucune explication ne vaut un exemple, prenons celui que nous indiquions en annonçant notre concours. « Certaines compositions représentent, disions-nous, Christophe Colomb avec une lunette marine. Or, on sait que l'invention de cet instrument est venue bien après la mort du célèbre

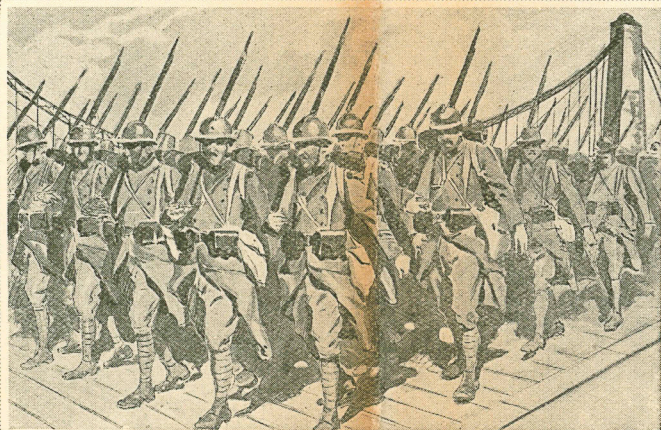
navigateur... » Si nous avions proposé cette erreur à votre ingéniosité, il vous aurait suffi d'écrire dans la feuille de réponse que vous trouverez page xxvii des annonces de ce numéro : *La lunette marine*. D'ailleurs le peu de place dont vous disposez, vous obligera à être brefs.

Quelques concurrents nous ont aussi demandé pour certaines planches un supplément d'explications. Ils comprendront que nous ne pouvions le leur donner sans fausser les résultats de notre concours. Qu'ils sachent seulement qu'aucune des planches proposées ne s'adresse à des spécialistes et que la découverte de toutes les erreurs, absolument de toutes, est à la portée de l'immense majorité des lecteurs

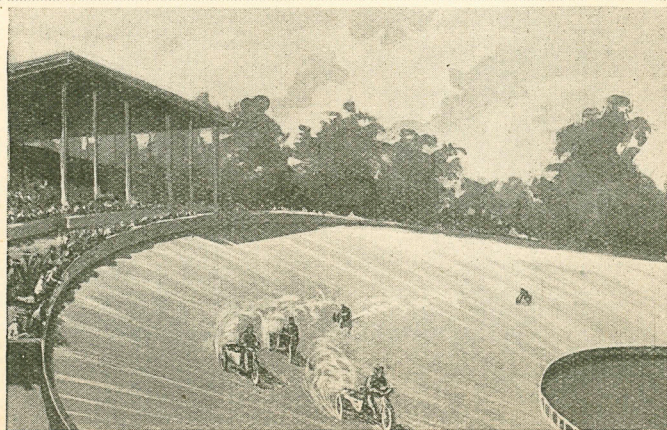
de *Je sais tout*. Les unes sautent aux yeux, d'autres demandent un peu de réflexion, certaines enfin, un examen plus attentif, car il fallait bien, n'est-ce pas, donner une prime à l'esprit d'observation.

J. S. T.

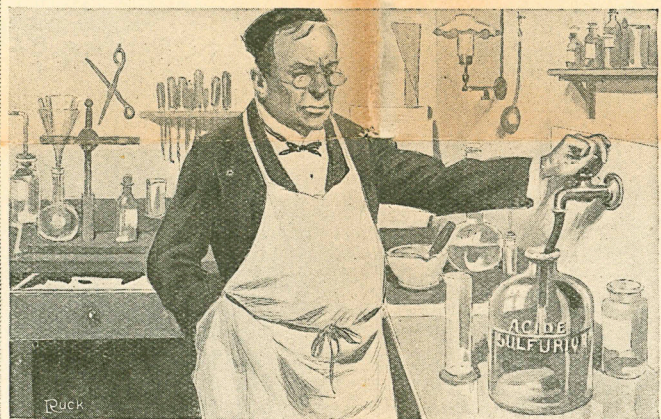
N. B. — Nos lecteurs trouveront dans notre prochain numéro le règlement d'un nouveau concours : *Que fabrique-t-on dans cette usine?* et dans les numéros suivants les règlements du *Jouet moderne*, du *Plus vivant récit de voyage*, des *Itinéraires*, des *Commandements de « Je sais tout »* et enfin de *l'Invention la plus pratique en petite mécanique*. On voit qu'il y a pour les chercheurs du pain sur la planche.



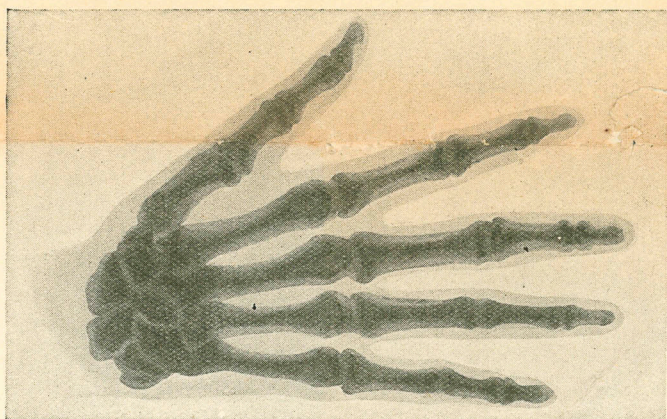
(9) Grandes manœuvres : traversée d'un fleuve



(10) Match de Side-cars : le grand virage



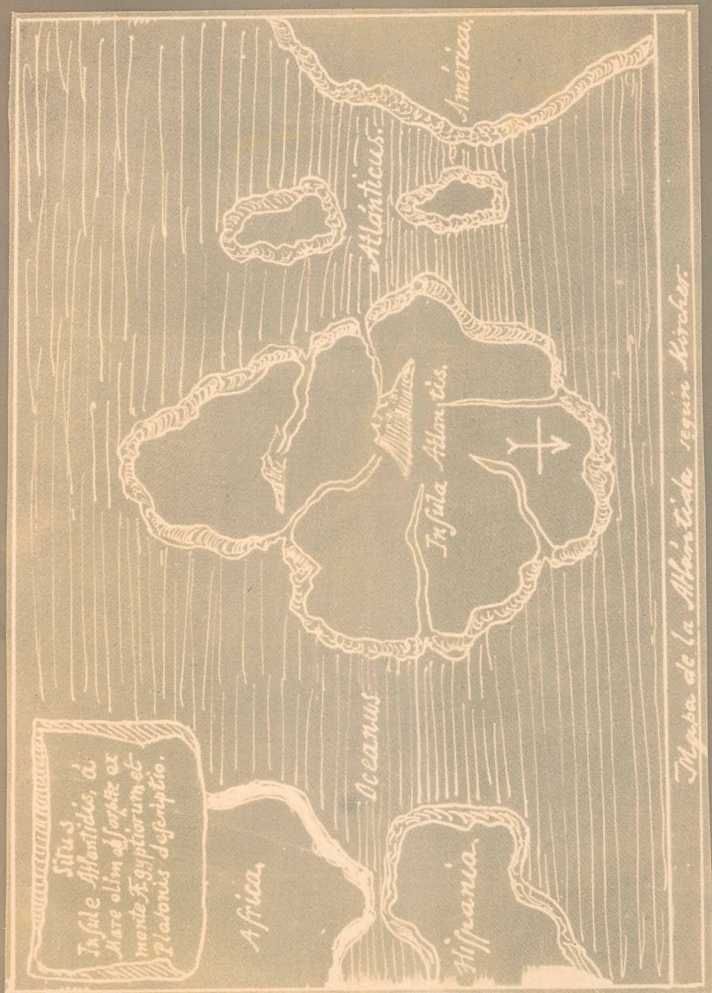
(11) Au laboratoire de chimie



(12) Une radiographie de la main droite

LA DERNIÈRE SÉRIE DES PLANCHES DE NOTRE CONCOURS DES ERREURS SCIENTIFIQUES

Dans chacune des quatre compositions ci-dessus, une erreur scientifique a été volontairement commise. Il s'agit, pour nos lecteurs, de la découvrir. (Voir le dernier bon du concours, avec la feuille de réponse, dans la page n° xxvii des annonces)



os convendría verlos en medio de una noche oscura?

—Ya lo creo.

—Debo preveniros que este camino será fatigoso, porque habrá que marchar mucho tiempo y subir una montaña. Además, que los caminos no están muy bien cuidados.

—Lo que acabais de decirme, capitán, redobla mi curiosidad, y estoy dispuesto á seguirlos.

—Vamos, pues, señor profesor, y nos vestiremos las escafandras.

Cuando llegamos al vestuario, ví que ni mis compañeros ni ninguno otro de la tripulación debía seguirnos durante esta expedición, no habiéndome propuesto siquiera el capitán Nemo que llevase á Ned á Consejo.

En pocos instantes arreglamos nuestros aparatos, y quedaron colocados en nuestra espalda los recipientes abundantemente provistos de aire: pero las lámparas eléctricas no estaban preparadas y se lo hice observar al capitán.

—Serían inútiles, respondió.

Me figuré que había oído mal; pero no pude reiterar mi observación, porque la cabeza del capitán había desaparecido ya en su envoltura metálica. Acabé de vestirme, y noté que me colocaban en la mano un bastón de hierro; algunos minutos más tarde, después de la acostumbrada maniobra, tomábamnos pie en el fondo del Atlántico, á una profundidad de 300 metros.

Se acercaba media noche. Las aguas estaban profundamente oscuras, y el capitán Nemo me enseñó á lo lejos un punto rojizo, una especie de resplandor ancho, que brillaba á 2 millas próximamente del *Nautilus*. Lo que aquel fuego podía ser, qué materias le alimentaban, por qué y cómo se revivificaba en aquella masa líquida, no hubiera podido decirlo.

En todo caso, la verdad es que nos iluminaba, aunque vagamente; y acostumbrado desde luego á aquellas tinieblas, comprendí que era verdaderamente inútil en esta circunstancia el aparato Rumhkorff.

El capitán Nemo y yo marchábamnos uno al lado del otro en dirección á aquel fuego. El terreno llano subía insensiblemente. Dábamnos los pasos muy largos, ayudándonos con el bastón; pero nuestra marcha era lenta, porque los pies se introducían á veces en una especie de fango, amasado con algas y sembrado de piedras.

Avanzando en nuestro camino, oía una especie de granizada sobre mi cabeza, y aquel ruido redoblabá muchas veces, produciendo como un chisporroteo continuo. Bien pronto comprendí la causa, que era la lluvia que caía violentamente, crepitando en la superficie de las olas. Instintivamente me ocurrió la idea de que me iba á calar. ¡Por el agua, en medio del agua! No pude menos de reirme ante tal extravagancia. Pero para decirlo todo, y explicar en cierto modo esta idea, debo hacer notar que bajo el espeso traje de la escafandra no sentí ya elemento líquido, y se cree uno en medio de una atmósfera algo más densa que la terrestre.

Después de media hora de marcha, el terreno era rocoso. Las medusas, los crustáceos microscópicos, las penátulas, le iluminaban algún tanto con fulgores fosforescentes, y entreveía montones de piedras que ocultaban algunos millones de zoófitos y espesuras de algas. Se me deslizaba muchas veces el pie sobre aquella viscosa alfombra de despojos marítimos, y sin mi bastón de hierro habría caído más de una vez. Al volverme veía siempre el fanal blanquiceo del *Nautilus*, que empezaba á palidecer por la distancia.

Aquellos montones pedregosos de que acabé de

hablar, estaban dispuestos en el fondo oceánico, siguiendo cierta regularidad que no sabía explicarme. Distinguía gigantescos surcos que se perdían en la oscuridad lejana, y cuya longitud no podía evaluarse. Otras particularidades se presentaban también, de que no sabía darme cuenta. Figurábame que mis pesadas suelas de plomo iban destrozando huesos que chasqueaban con un ruido seco. ¿Qué era, pues, aquella vasta llanura que recorría de este modo? ¿Hubiera querido interrogar al capitán; pero su lenguaje por señas, que le permitía hablar con sus compañeros cuando le seguían en sus excursiones submarinas, era todavía incomprendible para mí.

La claridad rojiza que nos guiaba iba aumentando é inflamaba el horizonte. La presencia de aquel foco luminoso bajo las aguas, me extrañaba bastante. ¿Sería alguna efluencia eléctrica que se manifestaba? ¿Me dirigía hácia un fenómeno natural, desconocido á aun de los sabios de la tierra? ¿O acaso—porque este pensamiento atravesó también mi cerebro—intervenia la mano del hombre en aquel inmenso fuego, atizando el incendio? ¿Debia encontrar bajo las capas profundas compañeros y amigos del capitán Nemo, viviendo como él, con esa existencia extraña, y á quienes iría á hacer una visita? ¿Encontraría allí bajo toda una colonia de desterrados que, cansados de las miserias de la tierra, hubieran buscado y hallado la independencia en lo más profundo del Océano? Todas esas ideas locas, inadmisibles, me perseguían; y en esa disposición de ánimo, incitado sin cesar por la serie de maravillas que pasaban ante mi vista, no me hubiera sorprendido descubrir en el fondo del mar una de esas ciudades submarinas que el capitán Nemo imaginaba.

Nuestro camino se hallaba más y más iluminado, y los fulgores blanquicos irradiaban en la cima de una montaña de 800 pies próximamente de altura. Pero lo que distinguía era una simple reverberación, desarrollada por las capas de la cristalina agua. El foco manantial de esa inexplicable claridad ocupaba la opuesta vertiente de la montaña.

En medio de los intrincados senderos pedregosos que surcaban el fondo del Atlántico, el capitán Nemo, que conocía aquel camino sombrío, avanzaba sin titubear, porque sin duda lo había recorrido á menudo y no podía perderse en él. Seguiale con una confianza inquebrantable, apareciéndome como uno de los genios del mar, cuando marchaba delante de mí presentando su alta estatura, que se mostraba sobre el fondo luminoso del horizonte.

A la una de la mañana habíamos llegado á las primeras rampas de la montaña, y para abordarlas tuvimos que aventurarnos por las difíciles veredas de un vastísimo matorral.

Un matorral, sí, de árboles muertos, sin hojas sin savia; árboles mineralizados bajo la acción de las aguas, entre los cuales se hallaban gigantescos pinos. Era una especie de mina de hulla, de pie todavía, manteniéndose por medio de sus raíces, y cuyas ramas, á manera de finas cortaduras de papel negro, se dibujaban sencillamente en el fondo de las aguas. Figurémonos un bosque de Hartz, colocado en las faldas de una montaña y sumergido en el agua. Los senderos estaban llenos de algas y de fucos, entre los cuales hervía un mundo de crustáceos. A subir por entre las rocas tenía que ir saltando por encima de los troncos estendidos, destrozando las enredaderas de mar que se balanceaban de un árbol á otro, y ahuyentando los peces que volaban de rama en rama. Arrastrado por el deseo de llegar al término no sentía la fatiga, á iba siguiendo á mi guía, que tampoco se cansaba.

¿Qué espectáculo! ¿Cómo explicarosle? ¿Cómo pintar el aspecto de esos bosques y de esas rocas en aquel medio líquido, su parte de agua, sombrío y

feroz, su parte alta teñida con tonos rojizos, bajo aquella claridad que doblaba el poder reverberante de las aguas? Pisábamos rocas que despues rodaban en pedazos enormes, produciendo el sordo rumor de las avalanchas. A derecha é izquierda se abrian tenebrosas galerías, donde se perdía la mirada. Aparecían en otro punto estensas comarcas, donde parecía que el hombre había destruido la vegetación; y muchas veces llegué á preguntarme si algun habi-

tañte de aquellas regiones submarinas se me presentaría de repente.

El capitán Nemo subía conmigo, y no quería que darme atrás. Seguíale pues, audazmente, apoyándome en mi bastón, que me servía de mucho. Tan pronto saltaba una hendidura, cuya profundidad me hubiera hecho retroceder si me hubiera encontrado en tierra; tan pronto me aventuraba sobre el tronco vacilante de un árbol, que formaba puente de un lado



¿No os parece el aspecto de esos bosques y de esas rocas en aquel medio líquido?

a otro del abismo, sin mirar siquiera bajo mis plantas por no tener tiempo bastante para admirar las salvajes perspectivas de aquella region. Un paso en vago hubiera sido peligrosísimo en aquellos estrechos senderos que atravesaban las simas, y me adelantaba con pie firme, sin notar nada que se pareciese á la embriaguez del vértigo. En esta parte, rocas monumentales se inclinaban sobre sus bases irregularmente cortadas; parecían desafiar las leyes del equilibrio. Entre sus articulaciones retoñaban los árboles como un salto de agua, bajo una presión formidable, sosteniendo á los que á ellos mismos le sirvieron de sostén. Luego, torres naturales, anchas murallas cortadas á pico, como cortinas de una naturaleza, se inclinaban formando un ángulo, que las leyes de la

gravitación no hubiesen autorizado en la superficie de las regiones terrestres.

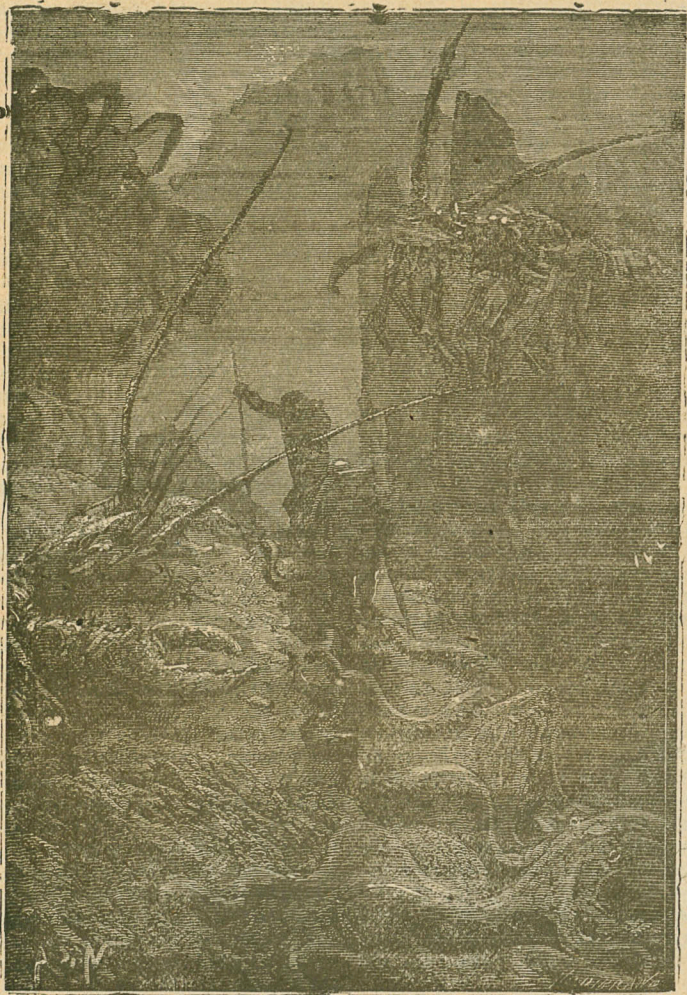
Y no conocía yo mismo esta diferencia, debida á la poderosa densidad del agua, cuando á pesar de mi traje tan pesado, de mi cabeza de cobre y mis suelas de metal, podía elevarme en aquellas pendientes casi impracticables, subiendo con la ligereza del gamo!

Por la relación que hago de esta escursión bajo las aguas, llego á comprender yo mismo que parecerá inverosímil; y sin embargo, soy el historiador de cosas que aun imposibles en apariencia son, sin embargo, reales, incontestables, no soñadas, porque las he visto y sentido.

Después de haber dejado el *Nautilus*

estamos pasado la línea de árboles y á unos cien pies sobre nuestras cabezas se levantaba el pico de la montaña, cuya proyeccion hacia sombra en la brillante irradiacion de la opuesta vertiente. Algunos arbustillos petrificados se veian por aquí y por allí, formando sinuosidades terribles; y los peces se levantaban en masa bajo nuestros pasos, como pájaros sorprendidos entre las retamas. La masa de las rocas se hallaba surcada por impenetrables anfractuosi-

des, profundas grutas é insondables, simas, en cuyo fondo se veian removerse formidables cosas. Refluíame la sangre hasta el corazon cuando distinguia una antena enorme, ó alguna espantosa garra que se volvia á cerrar con ruido en lo sombrío de aquellas cavidades. Millares de puntos luminosos brillaban en medio de aquellas tinieblas. Eran los ojos de gigantes crustáceos encerrados en sus cuevas enormes abaratos, levantándose como alabarderos y remo-



Millares de puntos luminosos brillaban en medio de aquellas tinieblas.

viendo sus patas con un ruido como de cadenas; titánicos cangrejos, montados como cañones en sus cureñas, y espantosos pulpos, entrelazando sus tentáculos como una maleza viva de serpientes.

¿Qué era aquel mundo exorbitante que no conocian aun? ¿A qué orden pertenecian aquellos articulos, para quienes la roca formaba como un segundo caparazon? ¿Dónde habia hallado la naturaleza el secreto de su existencia vengativa, y desde cuántos siglos vivian de este modo en las últimas capas del Océano?

No podia detenerme; el capitán Nemo, familiarizado con aquellos animales terribles, no hacia ya caso alguno de ellos. Habíamos llegado á una especie de plataforma, donde me esperaban todavía nuevas

sorpresas. Allí se dibujaban pintorescas ruinas, que denunciaban la mano del hombre y no la del Creador. Eran vastos montones de piedras, donde se distinguian vagas formas de castillos, de templos, poblados por un mundo de zoófitos en flor, á los cuales, en vez de hiedra, formaban las algas un espeso manto vegetal.

¿Qué era, pues, esa porcion del globo sumergida por los cataclismos? ¿Quién habia dispuesto aquellas rocas y aquellas piedras como monumentos druidicos de los tiempos antehistóricos? ¿Dónde estaba? ¿A dónde me habia arrastrado el capricho del capitán Nemo?

Hubiera querido preguntarle; pero no pudiendo hacerlo, le detuve por un brazo. En entonces, me-

diendo la cabeza y enseñán tome la última cima de la montaña, pareció decirme; anda, anda todavía, sígeme siempre.

Le seguí en un momento nuevo de entusiasmo; y pocos minutos después llegué al pico que dominaba en una docena de metros toda aquella masa de rocas.

Entonces dirigí una mirada á la parte que acabábamos de recorrer. La montaña se elevaba apenas 700 ó 800 pies sobre la llanura, pero desde su vertiente opuesta dominaba con una doble altura el fondo de aquella porción del Atlántico.

Estendí mis miradas á lo lejos; abrazando un vasto espacio iluminado por una violenta fulguración, porque en efecto, aquella montaña era un volcan. A unos 50 pies debajo del pico, en medio de una lluvia de piedra y de escorias, vomitaba un ancho cráter torrentes de lava, que se dispersaban en cascadas de fuego en medio de la masa líquida. Así colocado ese volcan, iluminaba como una inmensa antorcha la llanura inferior hasta los últimos límites del horizonte.

Ya he dicho que el cráter submarino arrojaba lava, pero no llamas, porque las llamas necesitan el oxígeno del aire, y no podrían desarrollarse bajo las aguas; pero los raudales de lava que tienen en sí el principio de su incandescencia pueden llegar al rojo blanco, luchar victoriosamente con el elemento líquido, y evaporarle á su contacto. Rápidas corrientes arrastraban todos aquellos gases en difusión, y los torrentes de lava se deslizaban hasta el fondo de la montaña como deyecciones del Vesubio sobre otra torre de Greco.

Allí, en efecto, aparecía á mi vista una ciudad arruinada, con sus techos hundidos, sus templos derribados, sus arcos dislocados, las columnatas caídas en tierra, donde aun podían reconocerse las sólidas proporciones de una especie de arquitectura toscana. Mas lejos, algunos restos de un acueducto gigantesco, aquí la cimentada elevación de una acrópolis con las formas flotantes de un Partenon; allí vestigios de malecones, como si algun antiguo puerto hubiera abrigado en otro tiempo en las costas de un Océano desaparecido los buques mercantes y los triremes de guerra; todavía mucho más allá, largas líneas de murallas derribadas, anchas calles desiertas, toda una Pompeya escondida bajo las aguas, que el capitán Nemo resucitaba ante mis ojos. ¿Dónde estábamos? ¿En qué sitio me hallaba? Quería saberlo á toda costa; quería hablar; quería arrancar la esfera de cobre que aprisionaba mi cabeza.

El capitán Nemo entonces vino hacia mí, me detuvo con un ademán, recogió un pedazo de greda, avanzó hacia una roca de basalto negro, y trazó esta sola palabra:

ATLÁNTIDA.

¡Qué rayo de luz cruzó por mi imaginación! ¡La Atlántida! La antigua Merópe de Teopompo; la Atlántida de Platon; ese continente negado por Orígenes, Porfirio, Jámblico, Anville, Malte-Brun; Humboldt, que consideraban su desaparición como leyenda imaginaria; admitido por Posidonio, Plinio, Ammiano Marcelino, Tertuliano, Engel, Sherer, Tournefort, Buffon, Avezac, lo tenía yo allí ante mis ojos, con los irrecusables testimonios de su catástrofe. Estaba, pues, contemplando aquella región sumergida, que había existido fuera de Europa, de Asia, de Libia, mas allá de las columnas de Hércules, donde vivía aquel poderoso pueblo de los atlantes, contra el cual se hicieron las primeras guerras de la antigua Grecia.

El historiador que ha consignado en sus escritos los grandes hechos de aquellos tiempos heróicos, es

el mismo Platon, y su diálogo de *Timeo* y de *Critias* ha sido trazado, por decirlo así bajo la inspiración de Solon, poeta y legislador.

Cierto día departía Solon con algunos sabios ancianos de Saías, ciudad que ya contaba unos ochocientos años, como lo atestiguan sus anales grabados en los sagrados murales de sus templos. Uno de aquellos ancianos contó la historia de otra ciudad mil años mas antigua. Esa ciudad ateniense, de edad de novecientos siglos, había sido invadida en parte, y en parte destruída por los atlantes que, decia él, ocupaban un continente inmenso, mayor que el Asia y el Africa reunidas, que cubria una superficie comprendida desde el 12° de latitud al 40° Norte. Su dominación se estendia hasta el Egipto, y quisieron imponerla á Grecia, teniendo que retirarse ante la indomable resistencia de los helenos. Trascurrieron los siglos; sobrevino un cataclismo, inundaciones y terremotos. Una noche y un día bastaron para destruir esa Atlántida, cuyas mas altas cimas, Madera, las Azores, Canarias, las islas de Cabo Verde, se descubren todavía.

Tales eran los recuerdos históricos que la inscripción del capitán Nemo hacia palpar en mi mente. Así, pues, conducido por el mas extraño destino hallaba con mis pies una de las montañas de aquel continente; tocaba con mi mano aquellas ruinas, mil veces seculares y contemporáneas de las épocas geológicas. Caminaba por donde habían caminado los contemporáneos del primer hombre; destrozaba bajo mis pesadas suelas aquellos esqueletos de animales de los tiempos fabulosos, que los árboles, ahora mineralizados, cubrieron en otro tiempo con su sombra.

¡Ah! ¿Por qué me faltaba tiempo? Hubiese querido descender las esarpadas vertientes de la montaña; recorrer por entero aquel inmenso continente, que reunia sin duda el Africa con la América, y visitar aquellas grandes ciudades antediluvianas. Allí, quizá, bajo mis miradas, se estendian Makhimos la guerrera, Eusebes la piadosa, cuyos gigantescos habitantes vivían siglos enteros, y á quienes no faltaba la fuerza necesaria para amontonar aquellos peñascos que resistían todavía la acción de las aguas. Algun día quizá, un fenómeno eruptivo devolverá de nuevo á la superficie esas ruinas sumergidas bajo las olas. Se han señalado numerosos volcanes submarinos en esa porción del Océano, y muchas naves han sentido sacudidas extraordinarias al pasar por encima de aquellos fondos tormentosos. Las unas han oído rumores sordos que anunciaban la profunda lucha de los elementos; las otras han recogido cenizas volcánicas proyectadas fuera del mar; y todo aquel suelo hasta el Ecuador está trabajando por las fuerzas plutónicas. ¿Quién sabe si en una época lejana, aumentados por las deyecciones volcánicas y por las capas sucesivas de lava, aparecerán los vértices de algunas montañas volcánicas en la superficie del Atlántico!

Mientras que yo discurría de este modo; mientras procuraba fijar en mi memoria todos los detalles de aquel grandioso paisaje, el capitán Nemo, de bruces sobre una repisa de musgo, permanecía inmóvil y como petrificado en un éstasis silencioso. ¿Pensaba en esas generaciones que han desaparecido, y les preguntaba el secreto de los destinos humanos? ¿Venía allí aquel hombre extraño á inspirarse en los recuerdos de la historia y renacer á su vida antigua, él, que no quería nada de la moderna? ¿Cuánto habría yo dado por conocer sus pensamientos, por participar de ellos y comprenderlos!

Quedamos en aquel sitio mas de una hora contemplando la vasta llanura al resplandor de la lava, que en algunos momentos tomaba una sorprendente intensidad. La efervescencia del interior pro-

56

Bibliografia.

Brasseur de Bourbourg,
Ch. Quatre lettres sur
le Mexique Paris, 1868

Fol.
Le Manuscrit Troano,
Etudes sur le système graphique et la
langue des Mayas.
Paris, 1869-70

Brinton. Dr. D. G.
On various supposed rela-
tions between the American
and Asia Races. In "Essays
of an Americanist." pp. 56-66,
Philadelphia, 1890

Berget, Alphonse.
Des plaques de l'Atlantique aux falaises
d'Ipswich. En "Je sais tout" Avril 15. 1923
Paris.

57
Bory de St. Vincent. H. B. G. de
Essais sur les Isles fortunées et L'Antique Atlantide, ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Caraïbes. Paris, germinal Ann XI.

Devigne. Roger
Voyages. — Un continent disparu. L'Atlantide. La Sixième partie du monde.
Paris, 1923.

García. Fr. Gregorio
+ origen de los Indios del
Nuevo Mundo e Indias
Occidentales 2ª edición
Madrid, 1729

Hrdlicka. Dr. Ales

The derivation and probable place of origin of the North American Indians.
"In Proceedings of the XVIII. Intl. Congr. of America." London

Hrdlicka

The genesis of the American Indians. In "Proceed. of the Nineteenth International Congress of Americanists. 1915. Washington, 1917 pp. 559-568.

Humboldt. A. de

Vue des Cordilleres et des monuments des peuples indigenes de l'Amérique.
2 vols. Paris, 1816

Kircher. Athanasius
 Mundus subterraneus in
 XII libros digestus. Amsterdam,
 1678. 2 vols.
 Idem Oedipus Aegyptiacus...
Romae, 1652. 4 vols

Manzi. M
 Le Livre de l'Atlan-
 tide. Paris 1922

Markham. Sir Clemente
 The Guanches of Fene-
 rife. London, 1907

60
Mott and Gliddon.

Types of Mankind, and
Indigenous Races. Phi-
ladelphia, 1854

Alli están ampliamente
desarrolladas las ideas que
toconistas de Morton.

Assuna Van Den-Heede.
M. de

Tela de Fenerife. Impres-
siones de vapor e inves-
tigaciones científicas. Plano
de Fenerife, 1912.

Plato.

Opera omnia. Rec. proleg.
et comment. illustr. God. Stall-
baum. Gothae, 1853-56.

Vol. VII. Fimaeus et Critias

61
Plongeon A. Lee
Queen Moo and the
Egyptian Sphinx. Chi-
cago.

Proust y Pitard
Les Iles Canaries.
Paris

Plongeon. Vestiges of the Mayas,
or facts tending to prove that Commu-
nications and Intimate Relations must
have existed, in very remote times, bet-
ween the inhabitants of Mayas and those
of Asia and Africa. New York, 1881.

— Sacred Mysteries among the Mayas
and the Quiches, 11,500 years ago.
Their relation to the sacred mysteries
of Egypt, Greece, Chaldea and India. Free
Masonry in times to the Temple of Sa-
lomon. New York, 1886.

Scott-Elliot, W

Historia de los Atlantes,
Borques geograficos, histo-
ricos y etnograficos. Ilustrado
con 11 mapas de la configura-
cion del mundo en diferentes pe-
riodos. Barcelona, 1921

Idem

La perdida Lemuria.
Con 2 mapas de la destri-
bucion de la superficie su-
lada de la tierra en diferen-
tes periodos. Barcelona, 1921

o 13 de febrero de 1916

Página tres.

-: Investigaciones Históricas -:

GENESIS DEL INDIO AMERICANO

Entre los varios y notables estudios científicos que se presentaron y discutieron en el XIX Congreso Internacional de Americanistas, verificado en la ciudad de Washington (E. U. A.), en la última semana del mes de diciembre próximo pasado, en la Sección I o de Antropología física, descuellan por su importancia y trascendencia, el de mi maestro el señor doctor, Alés Hrdlicka, profesor de Antropología somatológica en el Instituto Smithsonian, y secretario general y organizador del mencionado Congreso.

El título de su comunicación es éste: "The genesis of the American Indian," y según el resumen a mí remitido, se estudian en él los temas subsiguientes:

El autor trata, en primer término, la cuestión de la unidad o de la pluralidad de la raza americana. Cree que, si bien la población aborigena de América estuvo dividida en gran número de tribus o naciones, las diferencias de diverso orden que entre ellas se advierten, son más aparentes que las reales, decidiéndose, en consecuencia, por la unidad original del indio. Para justificar este concepto, hace ver que las lenguas americanas pertenecen fundamentalmente a una sola clase: que la cultura del indio fue común; que otro tanto puede decirse de la mentalidad; que la constitución del indio, tomando el vocablo en su acepción médica, es casi la misma en todo el Continente, y, por último, que

el cuerpo y el esqueleto del indio presentan semejanzas radicales.

Todas estas deducciones tienen por base las numerosas y largas investigaciones que sobre el indio vivo y sus despojos óseos ha hecho el doctor Hrdlicka, tanto en Estados Unidos como en México, la América Central y el Perú.

Elas vendrían a justificar, hasta cierto punto, el proloquio vulgar que en la mente de europeos y criollos dominó por muchos años en México, donde se decía: indios, pueblos y mones, el que ve uno los ve todos.

Analiza después la cuestión concerniente a la antigüedad de la raza en el Continente. No cree el autor que el indio fuese autóctono del mismo. Para ello parte de la teoría de que el hombre ha provenido de los primatos inferiores, y aduce el hecho de que en América no existieron mones antropoides. También se apoya en el concepto de la unidad de la especie humana, y en la circunstancia de que en el centro de Europa existió, durante la época cuaternaria o glacial, una forma primitiva de humanidad, la cual, en su sentir, no pudo provenir de América. Según el autor, no se conoce un sólo hueso humano americano, cuya antigüedad geológica pueda ser demostrada sin asomos de duda.

La tercera cuestión que el autor considera, es la referente a la procedencia de los inmigrantes que ocuparon la América, y a la época y manera de la ocupación.

Con respecto al primer punto, el doctor Hrdlicka pasa en revista los medios de transporte del hombre prehistórico, la situación geográfica de América con relación a los demás continentes; los caracteres antropológicos del indio americano, que compara con los que son privativos de los de las grandes agrupaciones étnicas de las demás partes del mundo, todo para llegar a la conclusión de que los aborígenes americanos sólo pudieron provenir del Continente asiático.

Tal convicción descansa, entre otras muchas pruebas, en los resultados de sus investigaciones hechas en Siberia, en 1912.

Respecto a la época de esas emigraciones, cree que no existe prueba directa en que basar una opinión sobre el particular, aunque consideraciones o pruebas indirectas lo llevan a pensar que la emigración con destino a América, no pudo efectuarse antes de la época del período neolítico europeo.

La manera o maneras de la llegada del hombre al Nuevo Mundo y su subsiguiente diseminación y reproducción en él, constituye el último punto que el autor analiza. Su opinión es que no hubo una sola, sino muchas y sucesivas inmigraciones.

Quando se publique en extenso este importante estudio, me propongo traducirlo y vulgarizarlo en nuestra lengua castellana, entre los amantes de esta clase de investigaciones.

DR. NICOLAS LEON.

FACULTAD DE ALTOS ESTUDIOS

PROGRAMA DEL CURSO DE ETNOGRAFIA MEXICANA

Año 1924

SECCION PRIMERA

CUESTIONES GENERALES CONCERNIENTES A LOS INDIOS DE MEXICO

- 1 El suelo de México: Geología y Paleontología. Los pretendidos hombres prehistóricos de México.
- 2 Orografía, Hidrología y Climatología del suelo mexicano, en tiempos precortesianos.
- 3 Principales productos naturales del suelo mexicano que satisfacían las necesidades de sus habitantes, en la época precolombina.
- 4 División política del México prehispánico.
- 5 Origen de los indios de México.
- 6 Inmigraciones y migraciones de los indios de México.
- 7 Antropo-Somatología de los indios de México.
- 8 Clasificación Etno-Lingüística de los indios de México.

SECCION SEGUNDA

TRIBUS INDIAS DE MÉXICO CONSIDERADAS EN PARTICULAR

- 1 Los Quinamétzin y los Negros, según las tradiciones y monumentos arqueológicos, en el México precolombino.
- 2 Los Olmecas, Xicalancas, Chichimecas y demás tribus primitivas hasta hoy no clasificadas.
- 3 Familia Otho-Mixteco-Tzapotecana.
- 4 Familia Zoque-Mixeana.
- 5 Familia Tarascana o Michoacana.
- 6 Familia Maya-Quichéana.
- 7 Familia Totonacana.

8 Familia Nahuatlana.

9 Familia Seriana.

10 Familia Maratiniana.

11 Familia Coahuilteca.

12 Familia Athapascana.

13 Familia Tañoana.

14 Familia Yumana.

15 Relaciones Etno-Antropológicas de los indios de México con los de los Estados Unidos y Centro América.

Fuentes informativas y autoridades consultadas para la exposición y resolución de los problemas enunciados.

México, abril de 1924.

Profesor

Dr. Nicolás León.

NOTA. — Las lecciones se darán en el laboratorio del Departamento Antropológico del Museo Nacional de Arqueología, Etnografía e Historia, de 12 a 13, los días martes y sábados.